

LA VERDADERA
RIQUEZA

PRINCIPIOS DE LA PROSPERIDAD BÍBLICA

LA VERDADERA
RIQUEZA

PRINCIPIOS DE LA PROSPERIDAD BÍBLICA

ELENA DE WHITE



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

TABLA DE CONTENIDO

	PREFACIO	◇ 6
1	LAS DOS CORONAS	◇ 8
2	EL ENGAÑO DE LAS RIQUEZAS	◇ 15
3	EL JOVEN RICO	◇ 22
4	¡TENGAN CUIDADO!	◇ 27
5	LA ILUSIÓN	◇ 30
6	SABIDURÍA DEL MAESTRO	◇ 36
7	ROBO A DIOS	◇ 40
8	LOS NEGOCIOS Y LA RELIGIÓN	◇ 46
9	SOCIEDAD CON CRISTO	◇ 52
10	DESHONESTIDAD EN LA IGLESIA	◇ 58
11	A PADRES RICOS	◇ 63
12	LOS DIEZMOS Y LAS OFRENDAS	◇ 69
13	EL AMOR AL MUNDO	◇ 75
14	EL PECADO DE LA CODICIA	◇ 81
15	PERTENECE A DIOS	◇ 88
16	RECURSOS PARA LA MISIÓN	◇ 94
17	LA ABNEGACIÓN	◇ 101
18	LOS PASTORES Y LOS NEGOCIOS	◇ 106
19	SIERVOS DE MAMMÓN	◇ 110
20	LA RIQUEZA DEL CIELO	◇ 116
21	INVERSIONES SEGURAS	◇ 122

PREFACIO

El libro que tienes en tus manos es una compilación de capítulos sobre finanzas, tomados de la serie “*Testimonios para la iglesia*”. Es una selección de cartas que Elena de White escribió a personas reales que enfrentaron desafíos financieros y dificultades para vivir los principios de la prosperidad bíblica. Por ello, este trabajo tiene un tono personal y cercano a nuestra realidad actual.

Leerás, por ejemplo, de una mujer de negocios que comenzó a alejarse de Dios a medida que su negocio crecía. Recibió orientaciones y advertencias divinas para volver a su primer amor. Te identificarás con personas que honraron a Dios con lo que tenían, aun en medio de la intensidad de los asuntos cotidianos.

Dios está interesado en darnos pautas claras sobre cómo debemos administrar el dinero, y nos presenta las bendiciones y los peligros de la riqueza. Este es un tema vital en la vida cristiana. A medida que leas, notarás que Dios no tiene problemas con el trabajo y las posesiones materiales; de hecho, él quiere enseñarnos cómo obtener y usar los recursos sabia y correctamente. Quiere darnos la verdadera riqueza, de acuerdo con las pautas y directrices de su Palabra.

En los 21 capítulos de este libro, te darás cuenta de la realidad de la soberanía divina sobre todo lo que tenemos y somos, comprenderás que la verdadera riqueza es de natura-

leza espiritual y se te enseñará a tener una actitud correcta hacia las posesiones. Al seguir las instrucciones inspiradas, el dinero no será un obstáculo para la devoción familiar o la plena participación en la causa de Dios.

Comprender y aplicar los principios bíblicos de prosperidad te ayudará a crecer en el amor y el servicio a Dios y a tu prójimo. Esto se desprende claramente de la siguiente declaración: “El amor a Jesús y por las riquezas no puede permanecer en un mismo corazón. El amor de Dios sobrepasa tanto el amor a las riquezas que quien lo posee se desprende de sus riquezas y transfiere sus afectos a Dios. Mediante el amor es en adelante inducido a proveer recursos para la causa de Dios. Experimenta un placer supremo al disponer correctamente de los bienes del Señor. Predomina el amor a Dios y a sus semejantes, y todo lo que tiene no lo considera suyo propio, sino que cumple fielmente su deber como mayordomo de Dios” (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, p. 161).

Estudia cada capítulo en oración, pidiendo a Dios que el Espíritu Santo te permita vivir de acuerdo con las pautas presentadas. Esperamos sinceramente que la lectura de este libro conecte completamente tu corazón con el de Dios, convirtiéndolo en un siervo totalmente fiel.

Los editores

LAS DOS CORONAS

En una visión que tuve en Battle Creek (Míchigan), el 25 de Octubre de 1861, se me mostró esta tierra oscura y melancólica. Dijo el ángel: “¡Mira cuidadosamente!” Se me mostró entonces a los pobladores de la Tierra. Los ángeles de Dios rodeaban a algunos; otros estaban en tinieblas completas, rodeados por ángeles malos. Vi bajar del Cielo un brazo que sostenía un cetro de oro, en cuyo extremo había una corona cuajada de diamantes, cada uno de los cuales despedía una viva y hermosa luz. En la corona se leía: “Todos los que me ganen serán felices y tendrán vida eterna”.

Debajo de esa corona había otro cetro, y sobre él otra corona, en cuyo centro había joyas, oro y plata, que reflejaban algo de luz. La inscripción de esta corona era: “Tesoros terrenos. La riqueza es poder. Todos los que me ganen tendrán honor y fama”. Vi una gran multitud que porfiaba por obtener esta corona. Todos clamaban por ella, y algunos, con tal ahínco que parecían enloquecidos. Se herían unos a otros, empujaban para atrás a los más débiles y pisoteaban a quienes caían en su apresuramiento. Algunos se apoderaban ansiosamente de los tesoros de la corona y los retenían con vigoroso empeño. Otros tenían los cabellos blancos como plata y los rostros surcados

de arrugas causadas por la inquietud y la ansiedad. No hacían caso ni de sus propios parientes, carne de su carne y hueso de sus huesos; y cuando alguno de ellos los miraba anhelosamente, se asían con más firmeza a sus tesoros, como si temieran que en un momento de descuido fuesen a perder parte de ellos, o se les obligara a compartirlos con los reclamantes. Sus ansiosos ojos se clavaban en la corona terrenal, y contaban y recontaban sus tesoros.

Aparecieron entre la multitud figuras que personificaban la penuria y la miseria; miraban anhelosamente los tesoros y se apartaban desesperadas porque el fuerte se sobreponía y rechazaba al débil. Sin embargo, no cejaban en su empeño y con una multitud de contrahechos, enfermizos y viejos, trataban de abrirse paso hacia la corona terrenal. Algunos morían mientras intentaban alcanzarla. Otros sucumbían en el momento de asirla, y otros, después de tenerla un instante en las manos. El suelo estaba sembrado de cadáveres, y no obstante, la multitud se apretujaba y avanzaba pisoteando los cadáveres de sus compañeros. Todos los que alcanzaban la corona poseían parte de ella y eran aplaudidos calurosamente por la interesada compañía que, anhelante, rodeaba la corona.

Una numerosa hueste de ángeles malos estaba muy atareada. Satanás permanecía en medio de ellos, y todos miraban con extremada satisfacción a la multitud que luchaba por la corona. Satanás parecía lanzar un peculiar ensalmo sobre quienes más afanosamente la apetecían. Muchos de los que buscaban esa corona terrenal eran cristianos de nombre y algunos parecían tener un poco de luz; pero, si bien miraban deseosos la corona celestial y a veces parecían encantados de su hermosura, no tenían verdadero concepto de su valía y belleza. Mientras con una lánguida mano trataban de alcanzar la celestial, con la otra se esforzaban con afán en lograr la terrena, resueltos a poseerla, y perdían de vista la celestial. Quedaban en tinieblas; sin embargo, iban a tientas, ansiosos de asegurarse la corona terrena.

Otros se disgustaban de seguir con quienes tan afanosamente buscaban esa corona, y recelando de los peligros que implicaba, se apartaban de ella para ir en busca de la celestial. El aspecto de estos se transmutaba muy pronto de tinieblas a luz y de melancolía a placidez y santo júbilo.

Después vi una hueste que, con la vista decididamente fija en la corona del Cielo, se abría paso a través de la multitud. Y mientras avanzaba presurosa por entre la desordenada muchedumbre, los ángeles la asistían y le daban espacio para avanzar. Al acercarse a la corona celeste, la luz que esta despedía brilló sobre los miembros de dicha compañía y alrededor de ellos disipó las tinieblas, y aumentó su fulgor hasta transformarlos a semejanza de los ángeles. No echaron ni una sola mirada para atrás, sobre la corona terrenal. Los que iban en busca de esta se mofaban de ellos y les arrojaban pelotillas negras, que por cierto no les producían daño alguno mientras sus ojos estaban fijos en la corona celestial; pero quienes prestaban atención a las pelotillas negras quedaban manchados por ellas. Entonces se me presentó a la vista el siguiente pasaje de la Escritura:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mat. 6:19–24).

Después, todo lo que yo había visto se me explicó como sigue: la multitud que tan afanosamente porfiaba por la corona terrenal estaba compuesta por los que aman los

tesoros de este mundo y se dejan engañar y lisonjear por sus efímeras atracciones. Vi algunos que, a pesar de llamarse discípulos de Jesús, son tan ambiciosos de tesoros terrenales que pierden el amor por los del Cielo, obran según el mundo y Dios los tiene por mundanos. Dicen que buscan una corona inmortal, un tesoro en los Cielos; pero su interés y su preocupación mayor están en adquirir tesoros terrenales. Quienes tienen sus tesoros en este mundo y aman sus riquezas, no pueden amar a Jesús. Podrán pensar que son justos, y aunque se aferran como avaros a sus posesiones, no se les puede convencer de ello; no son capaces de reconocer que aman más el dinero que la causa de la verdad o los tesoros celestiales.

“Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas?” (Mat. 6:23). En la experiencia de los tales llega un punto en que, por no apreciar la luz que se les dio, esta se convierte en tinieblas. El ángel dijo: “No podéis amar y adorar los tesoros de la tierra y al mismo tiempo poseer verdaderas riquezas”. Cuando vino a Jesús el joven que le dijo: “Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna?” (Mat. 19:16), Jesús le dio a elegir entre dos cosas: o se separaba de sus posesiones y obtenía la vida eterna, o guardaba aquellas y perdía esta. Él apreció sus riquezas más que el tesoro celestial. La condición de separarse de sus tesoros y darlos a los pobres, a fin de hacerse seguidor de Cristo y tener la vida eterna, ahogó su buen deseo, y se fue triste.

Aquellos que vi afanarse por la corona terrenal eran los que recurren a toda clase de medios para adquirir posesiones. En este punto llegan hasta la locura. Todos sus pensamientos y energías se enfocan en el logro de riquezas terrenas. Pisotean el derecho ajeno, oprimen al pobre y al jornalero en su salario. Si pueden, se valen de los que son más pobres y menos astutos que ellos, para acrecentar sus riquezas, sin vacilar un momento en oprimirlos aunque los arrastren a la mendicidad.

Los de cabellos canos y semblante arrugado por la inquietud, eran los ancianos que, a pesar de quedarles pocos años de vida, se afanaban en asegurar sus tesoros terrenales. Cuanto más cerca estaban del sepulcro, tanto mayor era su afán de aferrarse a ellos. Sus propios parientes no recibían beneficio alguno. Para ahorrar algo de dinero, dejaban a los miembros de sus familias que trabajasen más allá de sus fuerzas. Y no empleaban ese dinero para el bien ajeno ni para el propio; les bastaba saber que lo poseían. Cuando se les presenta a estas personas su deber de aliviar las necesidades de los pobres y sostener la causa de Dios, se entristecen. Aceptarían gustosos el don de la vida eterna, pero no quieren que les cueste algo. Las condiciones son demasiado duras. Pero Abraham no retuvo a su hijo unigénito. En obediencia a Dios hubiera podido sacrificar a este hijo de la promesa más fácilmente de lo que muchos sacrificarían algunos de sus bienes terrenales.

Era penoso ver a quienes hubieran podido madurar gloriosamente y prepararse día tras día para la inmortalidad, emplear todas sus fuerzas en retener sus tesoros terrenales. Vi que no eran capaces de estimar el tesoro celestial. Su intenso afecto a lo terreno, les impelía a demostrar en sus actos que no estimaban bastante la herencia celestial como para sacrificarse por ella. El “joven” manifestaba disposición a guardar los Mandamientos, y sin embargo, nuestro Señor le dijo que una cosa le faltaba. Deseaba la vida eterna, pero amaba más sus bienes. Muchos se engañan a sí mismos. No han buscado la verdad como a tesoro escondido. No sacan el mejor partido posible de sus facultades. Su mente, que podría ser iluminada por la luz celestial, está perturbada y perpleja. “Los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias que hay en las otras cosas, entrando ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Mar. 4:19). “Los tales”, dijo el ángel, “están sin excusa”. Vi que la luz se apartaba de ellos. No deseaban comprender las solemnes e importantes verdades para este

tiempo, y pensaban que estaban bien sin comprenderlas. Su luz se apagó y quedaron andando a tientas en las tinieblas.

La multitud de contrahechos y enfermizos que porfiaban por la corona terrenal eran aquellos que tienen sus intereses y tesoros en este mundo. Aunque por todas partes los hiera el desengaño, no pondrán sus afectos en el Cielo para asegurarse allí una morada y un tesoro. Por más que fracasan en lo terrenal, prosiguen apegados a ello y pierden lo celestial. No obstante los desengaños y la desdichada vida y muerte de quienes pusieron todo su empeño en el logro de riquezas materiales, otros siguen el mismo camino. Se precipitan locamente, sin reparar en el miserable fin de aquellos cuyo ejemplo siguen.

Los que alcanzaban la corona y lograban una participación en ella y eran aplaudidos, son los que obtienen el único anhelo de su vida: las riquezas materiales. Reciben la honra que el mundo tributa a los ricos. Tienen influencia en el mundo. Satanás y sus malignos ángeles quedan satisfechos, porque saben que los tales son seguramente suyos, y que, mientras vivan en rebelión contra Dios, serán poderosos agentes de Satanás.

Los que acaban por disgustarse con quienes se afanan por la corona terrenal, son los que han reparado en la vida y la muerte de quienes luchan por las riquezas terrenas, pues ven que estos nunca están satisfechos sino que son desgraciados. Por esto se ponen en guardia y, apartándose de los egoístas, buscan las riquezas verdaderas y perdurables.

Se me mostró que quienes, asistidos por los santos ángeles, se abren paso a través de la multitud hacia la corona celeste, son los fieles hijos de Dios. Los ángeles los guían y les infunden celo para avanzar en busca del tesoro celestial.

Las pelotillas negras que se arrojaban contra los santos eran las maledicencias y las falsedades difundidas contra el pueblo de Dios por quienes mienten y gustan de la mentira. Hemos de tener mucho cuidado de observar irreprochable conducta y abstenernos de toda apariencia de mal, a fin

de marchar airosamente hacia adelante, sin hacer caso de los falsos vituperios de los malvados. Cuando la vista de los justos se fija en los inestimables tesoros del Cielo, se acrecienta más y más su semejanza con Cristo, con lo que quedarán así transformados y dispuestos para la traslación al Cielo (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp. 310–315).

EL ENGAÑO DE LAS RIQUEZAS

Querida Hna. M:

Cuando el Señor me mostró su caso, se me hizo recordar lo que pasó hace muchos años, cuando usted creía en la próxima venida de Cristo. Usted esperaba y amaba su aparición.

Su esposo era por naturaleza un hombre afectuoso y noble; pero confiaba en su propia fuerza, que era debilidad. No sentía la necesidad de hacer de Dios su fortaleza. Las bebidas intoxicantes entorpecieron su cerebro, y finalmente paralizaron las facultades superiores de la mente. Su humanidad, creada a la semejanza de Dios, fue sacrificada a su sed por las bebidas fuertes. [...]

La vi luchar con la pobreza, para sostenerse a sí misma y a sus hijos. Muchas veces usted no sabía qué hacer, y el porvenir parecía oscuro e incierto. En su angustia, clamaba al Señor y él la consolaba y ayudaba, y en derredor suyo brillaban rayos de esperanza y luz. ¡Cuánto apreciaba a Dios en esas ocasiones! ¡Cuán dulce era su amor consolador! Le parecía que tenía un precioso tesoro depositado en el Cielo. Y al considerar la recompensa de los afligidos hijos de Dios, ¡cuánto la consolaba poder llamarlo Padre!

Su caso en realidad era peor que si hubiera sido viuda. Su corazón agonizaba por causa de la conducta malvada de su

esposo. Pero sus persecuciones, sus amenazas y su violencia no la indujeron a confiar en su propia sabiduría y a olvidarse de Dios. Muy lejos de ello; gracias a su sensatez era consciente de su debilidad, y de que era incapaz de llevar ese peso, y en su consciente debilidad recibió alivio al llevar sus pesadas preocupaciones a Jesús, el gran Portador de cargas. ¡Cómo apreciaba usted cada rayo de luz de su presencia! ¡Y cuán fuerte se sintió a veces en su fortaleza! Cuando la tormenta de persecución y crueldad se desataba inesperadamente sobre usted, el Señor no permitió que fuera abrumada; al contrario, en esos momentos de prueba obtenía fuerza, calma y paz, que le resultaban maravillosas.

Cuando las acusaciones ultrajantes y las burlas, más crueles que lanzas y flechas, caían sobre usted, la influencia del Espíritu de Dios en su corazón la indujo a hablar con calma, desapasionadamente. No era natural para usted hacer esto; era el fruto de la obra del Espíritu de Dios. La gracia del Señor fortalecía su fe en medio del descorazonamiento producido por la esperanza postergada. La gracia la fortaleció para la lucha y las dificultades, y la sacó adelante, vencedora. Dios le enseñó a orar, a amar y a confiar, a pesar del ambiente desfavorable que la rodeaba. Al verificar una y otra vez que sus oraciones recibían respuesta de una manera especial, usted no llegó a la conclusión de que ello sucedía por causa de algún mérito suyo, sino por su gran necesidad. Esta necesidad era la oportunidad de Dios. Y la manifestación de su liberación especial en los momentos más difíciles era como un oasis en el desierto para el viajero desfalleciente y fatigado. [...]

El Señor permitió que usted fuera entrenada en la adversidad y la aflicción para que pudiera obtener una experiencia que podría ser valiosa para usted misma y para los demás. En los días de su pobreza y de su prueba, amaba al Señor y sus privilegios religiosos. La cercanía del regreso de Cristo era su consuelo. Era su esperanza viviente el hecho de encontrar pronto descanso para sus labores y fin para

sus pruebas; cuando podría llegar a la conclusión de que no había trabajado ni sufrido demasiado; porque el apóstol Pablo declara: “Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Cor. 4:17).

Relacionarse con el pueblo de Dios le parecía casi como si hubiera estado visitando el Cielo. Los obstáculos no la desanimaban. Podía padecer cansancio y hambre por falta de alimento temporal, pero no podía privarse del alimento espiritual. Buscó fervientemente la gracia de Dios, y no lo hizo en vano. Su comunión con el pueblo de Dios era la bendición más rica de que podía disfrutar.

Como resultado de su experiencia cristiana, usted aborrecía la vanidad, el orgullo y la ostentación extravagante. Cuando observó los gastos que hacían los profesos cristianos por pura ostentación y para fomentar el orgullo, su corazón y sus labios dijeron: “¡Oh, si yo hubiera dispuesto de los medios que se encuentran en las manos de estos mayordomos infieles, habría considerado uno de los más grandes privilegios ayudar a los necesitados y colaborar en el progreso de la causa de Dios!”

A menudo sentía la presencia de Dios al tratar de iluminar humildemente a los demás con respecto a la verdad para estos últimos días. Había experimentado la verdad por sí misma. Sabía que lo que había visto y oído y experimentado, y acerca de lo cual había dado testimonio, no era ficción. Se deleitaba en presentar ante los demás, en conversación privada, la forma maravillosa en que Dios había conducido a su pueblo. Se refería a su trato con tanta seguridad como para convencer los corazones de los que la escuchaban. Hablaba como si conociera las cosas que estaba afirmando. Cuando hablaba con los demás con respecto a la verdad presente, anhelaba disponer de oportunidades mayores y de una influencia más amplia, para dar a conocer a muchos que moran en tinieblas la luz que había iluminado su senda. A veces consideraba su pobreza,

su influencia limitada y sus mejores esfuerzos –a menudo mal interpretados por los profesos amigos de la causa de la verdad–, y se sentía casi desanimada. [...]

Mi atención fue dirigida a sus deseos de poseer recursos. El sentimiento de su corazón era: “¡Oh, si tan solo tuviese medios, no los despilfarraría! Daría un ejemplo a los avaros y mezquinos. Les mostraría la gran bendición que se recibe al hacer bien”. Su alma aborrecía la codicia. Al ver que quienes poseían abundantes riquezas cerraban su corazón al clamor de los menesterosos, usted decía: “Dios los visitará y los recompensará según sus obras”. Y cuando veía a los ricos enorgullecidos, que rodeaban su corazón de egoísmo como con ligaduras de hierro, comprendía que ellos eran más pobres que usted misma, aun cuando pasaba necesidades y sufrimientos. Cuando veía que estos hombres, orgullosos de sus riquezas, obraban con altanería, porque el dinero tiene poder, se compadecía de ellos y nada la habría inducido a cambiar de lugar con ellos. Sin embargo, usted deseaba recursos a fin de usarlos de una manera que reprendiese a los codiciosos.

Dios dijo al ángel que la había atendido hasta entonces: “La he probado en la pobreza y la aflicción, y ella no se ha separado de mí ni se ha rebelado contra mí. Ahora la probaré con la prosperidad. Le revelaré un aspecto del corazón humano con el cual ella no está familiarizada. Le mostraré que el dinero es el enemigo más peligroso que haya encontrado. Le revelaré el engaño de las riquezas; le demostraré que son una trampa, aun para aquellos que se sienten seguros contra el egoísmo, contra la exaltación, la extravagancia, el orgullo y el amor a las alabanzas humanas.

Me fue mostrado que ante usted se abrió el camino para que mejorasen sus condiciones de vida, y pudiese al fin obtener los recursos que pensaba usar con sabiduría para gloria de Dios. ¡Cuán ansiosamente miraba su ángel ministrador esa nueva prueba, para ver cómo la resistiría!

Cuando llegaron los recursos a sus manos, vi cómo, gradual y casi imperceptiblemente, usted se separaba de Dios. Gastaba para su propia conveniencia los recursos que se le habían confiado, y se rodeaba de las comodidades de esta vida. Vi que los ángeles la miraban con anhelante tristeza, con el rostro medio desviado, pesarosos de abandonarla. Sin embargo, usted no advertía la presencia de ellos, y seguía su conducta sin acordarse de su ángel guardián.

Los negocios y los cuidados de su nueva situación reclamaban su tiempo y su atención, de modo que no consideró su deber hacia Dios. Jesús la había adquirido por su propia sangre; no era su propia dueña. Su tiempo, sus fuerzas y los medios de que disponía, todo le pertenecía a su Redentor. Había sido su Amigo constante, su fuerza y su sostén cuando los otros amigos habían sido como caña cascada. Retribuyó el amor y la generosidad de Dios con ingratitud y olvido.

Su única seguridad consistía en confiar sin reservas en Cristo, su Salvador. No había seguridad para usted fuera de la Cruz. ¡Cuán débil parecía la fortaleza humana en esas circunstancias! ¡Oh, cuán evidente era que no existe verdadera fortaleza fuera de la que Dios imparte a los que confían en él! Una petición ofrecida a Dios con fe tiene más poder que toda la riqueza del intelecto humano.

En medio de la prosperidad, usted no llevó a cabo las resoluciones que había hecho en la adversidad. El engaño de las riquezas la separó de sus propósitos. Aumentaron sus preocupaciones y se extendió su influencia. Los afligidos, al recibir alivio de sus padecimientos, la glorificaban, y usted aprendió a amar las alabanzas de los pobres labios mortales. Vivía en una ciudad populosa, y pensó que para el éxito de sus negocios y para conservar su influencia era necesario que cuanto la rodeaba estuviese de acuerdo con estos. Pero llevó las cosas al extremo. Se dejó guiar demasiado por opiniones y juicios ajenos. Gastó recursos inútilmente tan solo para satisfacer la concupiscencia de

los ojos y la soberbia de la vida. Se olvidó de que estaba manejando el dinero de su Señor. Cuando gastaba dinero solo para estimular la vanidad, no consideraba que el ángel registrador anotaba acciones cuyo recuerdo la avergonzaría. El ángel dijo, señalándola: “Te glorificaste a ti misma, pero no me magnificaste”. Hasta se jactaba usted porque podía comprar esas cosas que hasta entonces habían estado fuera de su alcance. [...]

Su fe y sencilla confianza en Dios empezaron a desvanecerse tan pronto como los recursos comenzaron a afluir. No se apartó usted de Dios en seguida; su apostasía fue gradual. Renunció a los cultos matutino y vespertino porque no eran siempre convenientes. Su nuera le planteaba problemas difíciles y penosos, que tuvieron mucho que ver para disuadirla de continuar observando las devociones familiares. En su casa ya no se oraba. Sus negocios se convirtieron en el asunto primordial, y el Señor y su verdad quedaron relegados a segundo término. Recuerde los días del comienzo de su experiencia; ¿la habrían apartado esas pruebas entonces de la oración en familia?

Por este descuido de la oración de viva voz, usted dejó de ejercer una influencia que debió conservar. Era su deber reconocer a Dios en su familia, sin tener en cuenta las consecuencias. Debiera haber presentado sus peticiones ante Dios mañana y noche. Usted debiera haber sido como un sacerdote en la casa, y debiera haber confesado sus pecados y los de sus hijos. Si hubiese sido fiel, Dios, que había sido su guía, no la habría abandonado a su propia sabiduría.

En su casa se gastaban recursos inútilmente por pura ostentación; usted se había afligido hondamente al ver este pecado en otros. Mientras usaba así sus recursos, estaba robando a Dios. Entonces el Señor dijo: “Yo dispersaré. Por un tiempo le permitiré andar en el camino que ha elegido; cegaré su juicio y le quitaré la sabiduría. Le mostraré que su fuerza es debilidad, y su sabiduría insensatez. La humillaré y le abriré sus ojos para que vea cuánto se ha apartado de

mí. Si no quiere volverse a mí de todo corazón, y reconocerme en todos sus caminos, mi mano dispersará, y el orgullo de la madre y de los hijos será abatido y la pobreza volverá a ser su suerte. Mi nombre será ensalzado. La soberbia del hombre será abatida, y su orgullo, humillado” (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, pp 242–259).

EL JOVEN RICO

Mientras me encontraba en Monterrey, Michigan, el 8 de Octubre de 1854 se me mostró en visión que la condición de muchos observadores del sábado era como la del joven rico que acudió a Jesús para averiguar lo que debía hacer a fin de heredar la vida eterna.

“Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿Qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno si no uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos. De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el Reino de los Cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios. Sus discipu-

los, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (Mat. 19:16–26).

Jesús le citó al joven rico cinco de los últimos seis Mandamientos, y también el segundo gran Mandamiento que sirve como base para los últimos seis. El joven pensó que había guardado los que Jesús mencionó. El Señor no habló de los primeros cuatro Mandamientos, que contienen nuestro deber hacia Dios. En respuesta a la pregunta del joven: “¿Qué más me falta?”, Jesús le contestó: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo”.

Ahí estaba su deficiencia. Falló en guardar los primeros cuatro Mandamientos, y también los últimos seis. Falló en amar a su prójimo como a sí mismo. Jesús dijo: “Dalo a los pobres”. Jesús tocó sus posesiones. “Vende lo que tienes y dalo a los pobres”. En esta referencia directa señaló cuál era su ídolo. Su amor a las riquezas era supremo, por lo tanto, era imposible que él amara a Dios de todo corazón, con toda el alma y con toda la mente. Y ese amor supremo por sus riquezas cerró sus ojos a las necesidades de sus semejantes. No amó a su prójimo como a sí mismo, y por lo tanto falló en guardar los últimos seis Mandamientos. Su corazón estaba con su tesoro. Fue absorbido por sus posesiones terrenas. Amaba sus posesiones más que a Dios, más que al tesoro celestial. Escuchó las condiciones de boca de Jesús. Si vendiera sus bienes y diera el producto a los pobres, tendría tesoro en el Cielo. Esa era una prueba para establecer cuánto más apreciaba la vida eterna que las riquezas. ¿Se aferró él a la posibilidad de recibir la vida eterna? ¿Luchó sinceramente por remover el obstáculo que se encontraba en el camino que debía recorrer para tener un tesoro en el Cielo? Oh, no; en cambio, “se fue triste, porque tenía muchas posesiones”.

Se me llamó la atención a estas palabras: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico

en el Reino de Dios” (Mat. 19:24). Jesús dijo: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (Mat. 19:26). El ángel dijo: “¿Permitirá Dios a los ricos quedarse con sus riquezas y al mismo tiempo entrar en el Reino de Dios?” Otro ángel contestó: “No, nunca”.

Vi que el plan de Dios es que esas riquezas se utilicen debidamente, que se distribuyan para bendición de los necesitados y para hacer avanzar la obra de Dios. Si los hombres aman sus riquezas más de lo que aman a sus semejantes, más de lo que aman a Dios o a las verdades de su Palabra, si sus corazones están con sus riquezas, no podrán tener vida eterna. Estarán más dispuestos a abandonar la verdad que a vender sus posesiones y dar el producto a los pobres. En esto se los prueba para demostrar cuánto aman a Dios, y cuánto aman la verdad; lo mismo que el joven de la Biblia, muchos se van tristes porque no pueden tener sus riquezas y también un tesoro en el Cielo. No pueden tener ambas cosas, de modo que se arriesgan a perder la vida eterna por conservar las posesiones mundanales.

“Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios” (Mat. 19:24). Para Dios todo es posible. La verdad entronizada en el corazón por el Espíritu de Dios hará desaparecer el amor por las riquezas. El amor a Jesús y por las riquezas no puede permanecer en un mismo corazón. El amor de Dios sobrepasa tanto el amor a las riquezas que quien lo posee se desprende de sus riquezas y transfiere sus afectos a Dios. Mediante el amor es en adelante inducido a proveer recursos para la causa de Dios. Experimenta un placer supremo al disponer correctamente de los bienes del Señor. Predomina el amor a Dios y a sus semejantes, y todo lo que tiene no lo considera suyo propio, sino que cumple fielmente su deber como mayordomo de Dios. Así puede cumplir los dos grandes mandamientos de la Ley: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mat. 22:37). “Amarás a tu prójimo como a ti

mismo” (Mat. 22:39). En esta forma es posible que un rico entre en el Reino de Dios. “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros” (Mat. 19:29–30). [...]

El Señor los llama a usar sus recursos a fin de hacer progresar su causa. Se les presentan oportunidades, pero ellos cierran sus ojos a las necesidades de la causa, y se aferran a su tesoro terrenal. Su amor por el mundo es mayor que su amor por la verdad, su amor por sus semejantes o su amor por Dios. Él pide que le den de sus bienes, pero ellos retienen lo que poseen en forma egoísta y codiciosa. Dan un poquito una vez u otra para tranquilizar su conciencia, pero no han vencido su amor por este mundo. No se sacrifican por Dios. El Señor ha traído a otros que aprecian la vida eterna, y que pueden sentir y comprender algo de lo que vale el alma, y que han dado abundantemente de sus recursos para hacer progresar la causa de Dios. La obra está por concluirse, y pronto ya no se necesitarán los recursos de los que han conservado sus riquezas, sus grandes granjas, su ganado, etc. [...]

Me fue recordado un tiempo en el cual eran pocos los que escuchaban y abrazaban la verdad. Estos no tenían muchos bienes de este mundo. Las necesidades de la causa se dividían entre muy pocos. Entonces era necesario que algunos vendiesen sus casas y tierras, y consiguiesen otras más baratas para usarlas como refugio u hogar, mientras que prestaban libre y generosamente sus recursos al Señor para publicar la verdad y ayudar de otras maneras a hacer progresar la causa de Dios. Mientras contemplaba a estos hermanos abnegados, vi que habían soportado privaciones para beneficiar a la causa. Vi a su lado a un ángel que señalaba hacia arriba y decía: “¡Tenéis bolsas en el Cielo! Tenéis en el Cielo bolsas que no envejecen. Resistid hasta el fin y grande será vuestra recompensa”.

Dios ha estado obrando en muchos corazones. La verdad por la que unos pocos se sacrificaron tanto, a fin de presentarla a otros, ha triunfado, y multitudes la han aceptado. En su providencia, Dios ha obrado en ciertas personas acaudaladas, y las ha traído a la verdad a fin de que a medida que la obra crece, sean suplidas las necesidades de la causa. Muchos recursos han ingresado en las filas de los observadores del sábado, y vi que actualmente Dios no exige las casas que la gente necesita para vivir, a menos que se quieran cambiar casas costosas por otras más económicas. Pero si los que están en la abundancia no oyen su voz para separarse del mundo y no hacen un sacrificio para Dios, vendiendo parte de su propiedad y tierra, él los pasará por alto, y llamará a quienes estén dispuestos a hacer cualquier cosa para Jesús, hasta el punto de vender sus casas para satisfacer las necesidades de la causa. Dios quiere ofrendas voluntarias. Los que den deben considerar que es privilegio el poder hacerlo.

Algunos dan de su abundancia, pero no les falta nada. No se niegan especialmente de ninguna cosa por la causa de Cristo. Todavía tienen todo lo que el corazón puede desear. Dan liberalmente y de corazón. Dios los observa, y conoce y percibe con exactitud sus acciones y motivos. Ellos no perderán su recompensa. Los que no pueden dar con tanta liberalidad, no deben excusarse porque no pueden hacer tanto como otros. Hagan lo que puedan. Prívense de algunas cosas que no son indispensables y sacrificaos por la causa de Dios. Lo mismo que la viuda, den sus dos moneditas. Y en realidad darán más que todos los que dan de su abundancia; y sabrán cuán dulce es negarse a sí mismo para dar a los necesitados, sacrificarse por la verdad y hacerse tesoros en el Cielo (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp. 159–165).

¡TENGAN CUIDADO!

Lo que sigue fue dado para dos hermanos en la localidad de _____; pero puesto que se aplica a muchos, lo presentamos aquí para el beneficio de la iglesia.

Queridos hermanos: en la visión que se me dio en su hogar, se me mostró algo concerniente a ustedes dos. El ángel os señaló y repitió estas palabras: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Luc. 21:34).

Vi que ustedes dos tienen un gran conflicto ante ustedes; tendrán que luchar constantemente para mantener este mundo fuera de su corazón, porque lo aman. Su gran preocupación debiera ser ahora cómo amar a Jesús y su causa más que este mundo. Si aman más al mundo, sus obras darán testimonio de ese hecho. Si aman a Jesús y a su causa por encima de todo, sus obras también testificarán de ello. Hay muchas personas que los observan; muchos se regocijarán en su caída; en cambio, otros sienten gozo al ver sus progresos. Satanás y los ángeles malignos les presentarán la gloria de los reinos de este mundo. Si lo adoran a él, o si adoran un tesoro mundanal, él se los presentará iluminado desde todos los ángulos para atraerlos e inducirlos a amarlo y adorarlo.

Jesús y el ángel guardián de ustedes están dirigiendo su atención más allá de sus granjas, su ganado y sus tesoros terrenos, hacia el Reino del Cielo, hacia una herencia inmortal, hacia la sustancia eterna del Reino de gloria. El ángel dijo: “Deben morir a este mundo”. “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15).

Vi que si en la providencia de Dios se han adquirido riquezas, no es pecado poseerlas; y si no se presenta la oportunidad de utilizar esos recursos para adelantar la causa de Dios, tampoco es pecado seguir poseyendo esas riquezas. Pero si se presenta ante los hermanos la oportunidad de utilizar esos bienes para la gloria de Dios y el progreso de su causa, y si ellos retienen esos bienes para sí, estos se convertirán en una piedra de tropiezo para ellos. En el día de angustia sus tesoros se convertirán en una ofensa para ellos. Entonces se habrán acabado todas las oportunidades de utilizar sus recursos para la gloria de Dios, y con angustia de espíritu los apartarán de ellos y los arrojarán a los topos y a los murciélagos. Su oro y su plata no podrán salvarlos en ese día. Comprenden en forma abrumadora que deben rendir cuenta de su mayordomía, del uso que han hecho del dinero de su Señor. El egoísmo les hizo creer que eso les pertenecía únicamente a ellos, y que lo necesitaban todo; pero finalmente comprenderán amargamente que sus recursos habían sido solamente prestados por Dios, para que le fueran abundantemente devueltos al ser usados para hacer progresar su causa. Sus riquezas los engañaron. Se sintieron pobres y vivieron únicamente para sí mismos, y al final encontrarán que la parte que hubieran podido utilizar para la causa de Dios se ha convertido en una carga terrible.

El ángel de Dios dijo: “Coloquen todo sobre el altar, como un sacrificio vivo y encendido. Átenlo con cuerdas si es que no pueden mantenerlo allí. Dedíquense a la oración. Vivan junto al altar. Fortalezcan sus propósitos por medio de las promesas de Dios”. “Vended lo que poseéis

y dad limosna; haceos bolsas que no se envejeczan, tesoro en los Cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye” (Luc. 12:33). “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el Cielo” (Mat. 6:19, 20).

Vi que si Dios les ha dado riquezas por encima de la gente común y de los pobres, eso debiera hacerlos humildes, porque los pone bajo grandes obligaciones. Cuando se da mucho, aun en bienes terrenos, también se requerirá mucho. Guiados por este principio, debieran manifestar una disposición noble y generosa. Busquen las oportunidades de hacer bien con lo que poseen. “Haceos tesoros en el Cielo”.

Vi que, como mínimo, se había requerido de los cristianos en tiempos pasados que poseyeran un espíritu de liberalidad y que consagraran al Señor una parte de sus ganancias. Todo verdadero cristiano ha considerado esto un privilegio, pero algunos que lo han sido únicamente de nombre lo han considerado una imposición; la gracia y el amor de Dios no han producido en ellos buenas obras, porque si hubiera sido así, habrían promovido gozosamente la causa de su Redentor. Pero de los cristianos que viven en los últimos días y que esperan a su Señor, se requiere que hagan algo más que eso. Dios requiere que se sacrifiquen.

El ángel dijo: “Jesús dejó un camino de luz para que ustedes siguieran en pos de él. Sigán muy de cerca sus pasos. Participen de su vida de abnegación, de su vida de sacrificio, y hereden con él la corona de gloria” (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp 157–159).

LA ILUSIÓN

Algunos que profesan creer la verdad carecen de discernimiento y no logran apreciar el valor moral. Las personas que hacen alarde de su fidelidad a la causa y hablan como que piensan que saben todo lo que es de valor conocer, no son humildes de corazón. Pueden poseer dinero y propiedades, y esto es suficiente para darles influencia sobre otros; pero esto no les dará ni un ápice de ventaja delante de Dios. El dinero tiene dominio y ejerce una poderosa influencia. La excelencia de carácter y el valor moral son a menudo pasados por alto si los poseen personas de escasos recursos. Pero ¿está Dios preocupado por dinero o posesiones? De él son los ganados que pacen sobre millares de colinas. El mundo y todo lo que está en él, le pertenece. Los habitantes de la Tierra son como insectos delante de él. El hombre y las propiedades no son sino como una partícula de polvo en el plato de la báscula. No hace acepción de personas.

Los ricos a menudo miran sus riquezas y dicen: “Por mi sabiduría he obtenido esta riqueza”. Pero ¿quién les dio a ellos poder para obtener riquezas? Dios les ha concedido la habilidad que poseen, pero en lugar de darle a él la gloria, se glorifican a sí mismos. El los probará y pondrá por el suelo

la vanagloria. El mudará su fortaleza y esparcirá sus posesiones. En lugar de bendición obtendrán maldición. Un acto de maldad u opresión, una desviación del camino correcto, no debería tolerarse más en un hombre que posee propiedades que en un hombre que no las posee. Todas las riquezas que el más acaudalado jamás haya poseído, no son suficientes para pagar el más mínimo pecado ante Dios; no serán aceptadas como rescate por la transgresión. Solamente el arrepentimiento, la verdadera humildad, un corazón quebrantado y un espíritu contrito será aceptado por Dios. Y ningún hombre tendrá verdadera humildad delante de Dios, a menos que esta sea ejemplificada delante de otros. Nada menos que el arrepentimiento, la confesión y el perdón de los pecados es aceptable a Dios.

Muchos ricos han obtenido sus riquezas por negociaciones fraudulentas, para aventajarse, perjudicando a los más pobres, y aun a sus hermanos; y estos mismos hombres se glorían de su sagacidad y viveza en un contrato, pero la maldición de Dios será sobre cada centavo obtenido de esa manera y sobre la ganancia que reciban. Cuando se me mostraban estas cosas, pude ver la fuerza de las palabras del Señor: “Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que un rico entrar en el reino de los Cielos” (Mat. 19:24). Los que poseen la habilidad de adquirir propiedades necesitan estar constantemente alerta; de lo contrario dedicarán sus adquisiciones a malos fines y no mantendrán estricta honestidad. Así, muchos caen en tentación, engañan astutamente, reciben más por una cosa que lo que vale, y sacrifican los principios generosos, benévolos y nobles de su dignidad humana a cambio de sórdidas ganancias.

Se me mostró que muchos que profesan ser guardadores del sábado aman tanto al mundo y las cosas que están en él, que han sido corrompidos por su espíritu e influencia; lo divino ha desaparecido de sus caracteres y en su lugar se ha infiltrado lo satánico, transformándolos para servir a

los propósitos de Satanás y ser instrumentos de injusticia. Sin embargo, en contraste con estas personas, se me mostró a hombres industriosos, honestos, de pocos recursos, que están dispuestos a ayudar a los necesitados, quienes prefieren sufrir el abuso de sus hermanos acaudalados que manifestar un espíritu tan avaro y adquisitivo como el que ellos manifiestan; hombres que estiman la conciencia clara y justa, aun en las cosas pequeñas, de más valor que las riquezas. Ellos están tan listos para socorrer a otros, tan deseosos de hacer todo lo bueno que esté en su poder, que no acumulan riquezas; no aumentan sus posesiones terrenales. Si hay alguna obra de benevolencia en la cual invertir medios o esfuerzos, ellos son los primeros en interesarse y responder. Frecuentemente se esfuerzan excediendo sus posibilidades negándose a sí mismos alguna cosa necesaria, con tal de llevar a cabo sus benévolos propósitos.

Por cuanto estos hombres pueden hacer alarde de pocos tesoros terrenales, a veces se los considera deficientes en capacidad, en juicio y en sabiduría. Pueden ser contados como de ordinario valor, y su influencia puede no ser estimada por el hombre; sin embargo, ¿cómo considera Dios a estos hombres pobres y sabios? Son considerados de gran valor en su presencia, y aunque no aumenten sus tesoros sobre la Tierra, están guardando para sí mismos riquezas incorruptibles en los Cielos; y haciendo esto manifiestan una sabiduría tan superior a la del profeso cristiano sabio, calculador, inclinado a las ganancias, como lo divino y lo semejante a Dios es superior a lo terrenal, carnal y satánico. Es la dignidad moral lo que Dios valora. Un carácter cristiano no hinchado por la avaricia, tranquilo, bondadoso y humilde, es más precioso en su presencia que el oro más fino, aún que el oro de Ofir. [...]

En su exhortación a Timoteo, Pablo le advierte de una clase que no consentirá en escuchar palabras edificantes y que juzgará erróneamente las riquezas. El dice: “Si alguno enseña otra cosa, y no atiende las sanas palabras de

nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, es orgulloso, nada sabe, y enloquece acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, maledicencias, malas sospechas, porfías de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que tienen la piedad por granjería; apártate de los tales. Empero grande granjería es la piedad con contentamiento. Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos. Porque los que quieren enriquecerse, caen en tentación y lazo, y en muchas codicias locas y dañosas, que hunden a los hombres en perdición y muerte. Porque el amor al dinero es la raíz de todos los males. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho buena profesión delante de muchos testigos. Exhorta a los ricos de este mundo, que no se enaltezcan, ni confíen en riquezas inciertas, mas en el Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro deleite; que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, listos a distribuir, dispuestos a comunicar; almacenando para sí mismos un buen fundamento contra el porvenir, que puedan asirse de la vida eterna” (1 Tim. 6:17–19).

En su carta a Timoteo, Pablo quería impresionar su mente con la necesidad de instruir de modo que desenmascarase el engaño que tan fácilmente acecha a los ricos, de creer que por sus riquezas son superiores a los pobres, que por su capacidad adquisitiva son superiores en sabiduría y juicio: en resumen, que la ganancia es piedad. Aquí hay un engaño espantoso. ¡Cuán pocos prestan atención al mandato que Pablo encomendó a Timoteo para que lo comunicara a los ricos! ¡Cuántos se halagan a sí mismos creyendo que su capacidad para obtener cosas es piedad! Pablo declaró: “Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamien-

to”. Aunque los ricos puedan dedicar sus vidas enteras a la acumulación de riquezas, así como vinieron al mundo, saldrán. Deben morir y dejar aquello que les costó tanto trabajo conseguir. Arriesgaron todo, su interés eterno, para obtener esta propiedad, y han perdido ambos mundos.

Pablo muestra los riesgos a que los hombres se aventurarán para enriquecerse. Pero muchos están determinados a ser ricos; esta es su preocupación, y en su celo no ven valores eternos. Son cegados por Satanás y se convencen a sí mismos que es para un buen propósito que desean esta ganancia; constriñen sus conciencias, se engañan a ellos mismos, y constantemente codician las riquezas. Los tales se han apartado de la fe y se han traspasado con muchos dolores. Han sacrificado sus principios de elevada nobleza, han entregado su fe por riquezas, y si no se frustran en su propósito, se desaniman en la felicidad que pensaron que las riquezas les traerían. Están enredados, confusos con preocupaciones; se han convertido a sí mismos en esclavos de su avaricia y obligado a sus familias a la misma esclavitud, y los beneficios que obtienen son “muchos dolores”. “Exhortad a los que son ricos en este mundo, que no sean altivos de mente, no confiando en ciertas riquezas, pero en el Dios viviente, que nos da en abundancia todas las cosas para que las disfrutemos” (1 Tim. 6:17). Los hombres no deben acumular sus riquezas y no sacar provecho de ellas, privándose de las comodidades de la vida y virtualmente convirtiéndose en esclavos a fin de retener o aumentar sus tesoros terrenales.

El apóstol Pablo muestra el único uso verdadero de las riquezas, y le ruega a Timoteo que exhorte al rico a hacer el bien, que sean ricos en buenas obras, prontos a dar, dispuestos a comunicar; porque al hacer esto, están atesorando para sí mismos un buen fundamento contra el porvenir –refiriéndose al fin del tiempo–, que puedan asirse de la vida eterna. Las enseñanzas de Pablo concuerdan perfectamente con las palabras de Cristo: “Ganad amigos

por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas” (Luc. 16:9). La piedad con contentamiento es de gran provecho. En esto se encuentra el verdadero secreto de la felicidad, y la genuina prosperidad del alma y del cuerpo (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp. 468–473).

SABIDURÍA DEL MAESTRO

Se me mostró que la parábola de los talentos no ha sido plenamente comprendida. Esta importante lección fue dada a los discípulos para beneficio de los creyentes que viviesen en los postreros días. Y estos talentos no representan solamente la capacidad de predicar e instruir acerca de la Palabra de Dios. La parábola se aplica a los recursos temporales que Dios ha confiado a su pueblo. Aquellos a quienes se había entregado cinco y dos talentos, negociaron y duplicaron lo que se les confió. Dios requiere de aquellos que tienen posesiones en esta Tierra, que de su dinero obtengan interés para él, que lo dediquen a la causa, para diseminar la verdad. Y si la verdad vive en el corazón de aquel que la recibió, él también ayudará con sus medios para comunicarla a otros; y mediante sus esfuerzos, su influencia y sus recursos, otras almas aceptarán la verdad y empezarán a trabajar por Dios.

Vi que algunos de los que profesan ser hijos de Dios, son como el hombre que ocultó su talento en la tierra. Impiden que sus bienes beneficien a la causa de Dios. Aseguran que son suyos, que tienen derecho a hacer lo que les plazca con ellos; y no se salvan almas por medio de los esfuerzos juiciosos que ellos podrían hacer con el dinero de su Señor. Los ángeles

llevan un registro fiel de toda la obra de cada hombre, y al ser pronunciado el juicio sobre la casa de Dios, se registra la sentencia de cada uno al lado de su nombre, y al ángel se le ordena que no perdone a los siervos infieles, sino que los abata en el tiempo de la matanza. Y lo que les fue confiado les será arrebatado. Se los despojará de su tesoro terrenal; lo habrán perdido todo. Las coronas que podrían haber llevado si hubieran sido fieles, se colocarán sobre la cabeza de aquellos que hayan sido salvados por los siervos fieles cuyos recursos estuvieron constantemente en uso para Dios. Cada persona en cuya salvación intervinieron, añadirá estrellas a su corona de gloria y aumentará su eterna recompensa.

También me fue mostrado que la parábola del mayordomo infiel había de enseñarnos una lección. “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas” (Luc. 16:9). Si empleamos nuestros recursos para la gloria de Dios en esta tierra, nos hacemos tesoro en los Cielos; y cuando las posesiones terrenales hayan desaparecido todas, el mayordomo fiel tendrá a Jesús y a los ángeles por amigos que le recibirán en las mansiones eternas.

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel” (Luc. 16:10). El que es fiel con sus bienes terrenales, que son los de menor importancia, y emplea juiciosamente lo que Dios le prestó aquí, será fiel a su profesión. “El que en lo muy poco es infiel, también en lo mucho es infiel” (Luc. 16:10, VM). El que retiene de Dios lo que él le prestó, será infiel en las cosas de Dios en todo respecto. “Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (Luc. 16:11). Si nos demostramos infieles en el manejo de lo que Dios nos presta aquí, él no nos dará nunca la herencia inmortal. “Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?” (Luc. 16:12). Jesús compró la redención para nosotros; es nuestra; pero nos hallamos aquí a prueba, para ver si resultamos dignos de la vida eterna. Dios nos prueba confiándonos bienes terrena-

les. Si somos fieles en impartir liberalmente lo que nos ha prestado, para fomentar su causa, Dios puede confiarnos la herencia eterna. “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Luc. 16:13). “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15).

Desagrada a Dios la manera negligente en que muchos de los que profesan ser hijos suyos manejan sus negocios mundanales. Parecen haber perdido todo sentido del hecho de que la propiedad que están usando pertenece a Dios, y de que deberán dar cuenta de su mayordomía. En los asuntos comerciales de algunos reina absoluta confusión. Satanás se fija en todo ello y ataca en una oportunidad favorable, y por su manejo de las cosas arrebató muchos recursos de las filas de los observadores del sábado. Y estos recursos van a sus filas. Algunos que son ya ancianos no quieren arreglar sus negocios mundanales, y en un momento inesperado enferman y mueren. Hijos suyos que no tienen interés en la verdad, recogen la propiedad. Satanás lo arregló así para su propia conveniencia. “Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?” (Luc. 16:11, 12).

Me fue revelado el terrible hecho de que Satanás y sus ángeles intervienen más que Dios en el manejo de la propiedad de los que profesan ser hijos de Dios. Los mayordomos de los postreros día son imprudentes. Permiten que Satanás rija sus asuntos comerciales, y dejan pasar a sus filas lo que pertenece a la causa de Dios y debiera estar en ella. Dios se fija en vosotros, mayordomos infieles, y os llamará a dar cuenta. Vi que los mayordomos de Dios pueden, por una administración fiel y juiciosa, manejar sus asuntos en este mundo con exactitud, honradez y rectitud. Y es especialmente el privilegio y el deber de los ancianos, de los débiles y de aquellos que no tienen hijos, colocar sus recursos donde puedan ser empleados en la causa de Dios en caso de que los arrebatase repentinamente la muerte. Pero

vi que Satanás y sus ángeles se regocijan del éxito que han tenido en este mundo. Y aquellos que debieran ser sabios herederos de la salvación, permiten casi voluntariamente que el dinero de su Señor se deslice de sus manos a las filas del enemigo. De esta manera fortalecen el reino de Satanás, y parecen sentirse perfectamente tranquilos al respecto (*Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp. 181–183).

ROBO A DIOS

El Señor ha ordenado que la difusión de la luz y la verdad en la Tierra dependan de los esfuerzos voluntarios y las ofrendas de aquellos que han participado de los dones celestiales. Son comparativamente pocos los llamados a viajar como ministros o como misioneros, pero multitudes han de cooperar con sus recursos en la difusión de la verdad.

La historia de Ananías y Safira nos es dada para que podamos comprender el pecado del engaño en relación con nuestros donativos y ofrendas. Ellos habían prometido voluntariamente dar una porción de su propiedad para el adelantamiento de la causa de Cristo; pero, cuando tuvieron los recursos en sus manos, se negaron a cumplir aquella obligación, aunque deseaban al mismo tiempo aparentar que lo habían dado todo. Recibieron un castigo ejemplar para que sirviese de advertencia perpetua a los cristianos de todas las épocas. El mismo pecado prevalece terriblemente en la actualidad, aunque no oímos hablar de tan señalados castigos. El Señor muestra una vez a los hombres cuánto aborrece la violación de sus requerimientos sagrados y su dignidad. Luego de ello, quedan sometidos a los principios generales de la administración divina. [...]

Cuando la luz divina resplandece en el corazón con claridad y poder inusitados, el egoísmo habitual pierde su asidero y hay disposición a dar para la causa de Dios. Nadie puede contar con que se le dejará cumplir las promesas hechas entonces sin que Satanás proteste. No le agrada ver fortalecido el Reino del Redentor en la Tierra. Él sugiere que la promesa hecha era excesiva, que lo estorbará a uno en sus esfuerzos para adquirir propiedades, o satisfacer los deseos de su familia. Es asombroso el poder que Satanás tiene sobre la mente humana. Trabaja muy asiduamente para mantener al corazón embargado por el yo.

El único medio que Dios ha dispuesto para hacer progresar su causa consiste en bendecir a los hombres con propiedades. Les da la luz del sol y la lluvia; hace florecer la vegetación; les da salud y capacidad de adquirir recursos. Todas nuestras bendiciones provienen de su mano bondadosa. En retribución, quiere él que los hombres y las mujeres manifiesten su gratitud devolviéndole una porción en diezmos y ofrendas: ofrendas de agradecimiento, ofrendas voluntarias, y ofrendas por el pecado.

Los corazones humanos se endurecen por el egoísmo, y como en el caso de Ananías y Safira, se sienten tentados a retener parte del precio, aunque simulando cumplir con las reglas del diezmo. ¿Robará el hombre a Dios? Si los recursos afluyesen a la tesorería en conformidad exacta con el plan de Dios, en la proporción de un diezmo de toda ganancia, abundarían para llevar adelante su obra.

Bien, dice uno, siguen llegando los pedidos de dar para la causa. Estoy cansado de dar. ¿Es verdad? Entonces, permítame preguntarle: ¿está usted cansado de recibir de la benéfica mano de Dios? Mientras él no cese de bendecirlo, no cesará usted de estar bajo la obligación de devolverle la porción que exige. Él lo bendice a usted para que esté en situación de beneficiar a otros. Cuando esté cansado de recibir, entonces podrá decir: Estoy cansado de tantas invitaciones a dar. Dios reserva para sí una porción de

todo lo que recibimos. Cuando se la devolvemos, bendice el resto, pero si la retenemos, tarde o temprano el conjunto resulta maldito. Primero viene el derecho de Dios; todo otro derecho es secundario. [...]

En vez de devolver a Dios los medios que él ha puesto en sus manos, muchos los invierten en más tierras. Este mal está creciendo entre nuestros hermanos. Tenían antes todo lo que podían atender, pero el amor al dinero o un deseo de ser tenidos por tan ricos como sus vecinos, los induce a enterrar sus recursos en el mundo, y retener lo que deben con justicia a Dios. ¿Podemos sorprendernos si no son prosperados, y si Dios no bendice sus cosechas y se ven chasqueados?

Si nuestros hermanos pudiesen recordar que Dios puede bendecir veinte hectáreas de tierra y hacerlas producir tanto como cien, no continuarían sepultándose en más tierras, sino que dejarían fluir sus recursos a la tesorería de Dios. “Mirad por vosotros –dice Cristo–, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida” (Luc. 21:34). Le agrada a Satanás hacer que ustedes ensanchen sus granjas e inviertan sus recursos en empresas mundanas, porque al obrar así, no solo impiden que la causa progrese, sino que por la ansiedad y el recargo del trabajo, reducen sus perspectivas de obtener la vida eterna.

Debiéramos prestar ahora atención a la orden de nuestro Salvador: “Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los Cielos que nunca falta; donde ladrón no llega, ni polilla corrompe” (Luc. 12:33). Ahora es cuando nuestros hermanos debieran estar reduciendo sus propiedades, en vez de aumentarlas. Estamos por trasladarnos a una patria mejor, a saber, la celestial. No seamos, pues, moradores de la tierra, sino más bien reduzcamos nuestras cosas a la menor cantidad posible.

Se acerca el tiempo en que no podremos vender a ningún precio. Pronto se promulgará el decreto que prohibirá a

los hombres comprar o vender si no tienen la marca de la bestia. Hace poco nos vimos cerca de que esto sucediese en California; pero resultó ser un simulacro del soplo de los cuatro vientos. Por lo pronto, estos son detenidos por los cuatro ángeles. No estamos del todo listos todavía. Aún queda una obra por hacer, y luego los ángeles recibirán la orden de soltar los cuatro vientos para que soplen sobre la Tierra. Para los hijos de Dios ese será un momento decisivo, un tiempo de angustia tal como nunca lo hubo desde que hubo nación sobre la Tierra. Ahora es la oportunidad de trabajar.

Entre muchos de los que profesan la verdad reina un espíritu de inquietud. Algunos quieren marcharse a otro condado o Estado, comprar extensos terrenos y llevar a cabo grandes negocios; otros anhelan irse a la ciudad. De esta manera se deja a las iglesias pequeñas en un estado moribundo, débiles y desanimadas, cuando si los que las dejan se hubieran conformado con trabajar en una escala menor haciendo su pequeña parte fielmente, hubiesen complacido a sus familias y quedado libres para mantener sus propias almas en el amor de Dios. Pierden la poca propiedad que tenían, pierden su salud, y finalmente abandonan la verdad.

El Señor viene. Que cada cual manifieste su fe por medio de sus obras. La fe en el pronto advenimiento de Jesús está muriendo en las iglesias, y el egoísmo los conduce a robar a Dios y atender sus propios intereses. Cuando Cristo more en nosotros, seremos abnegados como él lo fue. [...]

Vi que muchos se abstienen de dar para la causa y procuran acallar la conciencia diciendo que serán caritativos al morir; ni siquiera se atreven a ejercitar fe y confianza en Dios contribuyendo algo mientras tienen vida. Sin embargo, esta caridad de último momento no es lo que Cristo requiere de sus seguidores; no excusa de ninguna manera el egoísmo de los vivos. Aquellos que se aferran a su propiedad hasta el último momento, la entregan más bien a la muerte que a la causa. Continuamente se experimentan pérdidas.

Los bancos quiebran y la propiedad se consume de mil maneras. Muchos se proponen hacer algo, pero dilatan el asunto, y Satanás obra para evitar que los recursos entren del todo en la tesorería. Se pierden antes de ser devueltos a Dios, y Satanás se regocija porque así ocurre.

Si quieren hacer algún bien con sus recursos, háganlo en seguida antes de que Satanás se apodere de ellos y estorbe así la obra de Dios. Muchas veces, cuando el Señor ha abierto el camino para que los hermanos manejen sus recursos de tal manera que puedan adelantar su causa, los agentes de Satanás han suscitado alguna otra empresa que ellos estaban seguros que iba a duplicar sus recursos. Se tragan la carnada; invierten el dinero, y la causa –y a menudo ellos mismos–, nunca gana ni siquiera un dólar.

Hermanos, recuerden la causa; y cuando tengan recursos a su disposición, asegúrense bien para el día de mañana para que puedan echar mano de la vida eterna. Fue por ustedes que Jesús se hizo pobre para que, por medio de su pobreza, sean ricos con el tesoro celestial. ¿Qué le darán a Jesús, quien lo dio todo por ustedes?

No es correcto que se conformen con hacer sus donativos y legados testamentarios al morir. No pueden determinar ni con el menor grado de certeza que la causa se verá alguna vez beneficiada por ellos. Satanás obra con suma destreza para incitar a los familiares, y busca todo falso pretexto para ganar en favor del mundo lo que fue solemnemente prometido a la causa de Dios. Siempre se recibe una suma menor que la que se prometió en el testamento. Satanás hasta inculca en el corazón de los hombres y mujeres que se opongan a que los familiares hagan lo que quieran en relación con la dotación de su propiedad. Al parecer estiman que todo lo que se dé al Señor representa un robo hecho a los familiares de los finados. Si desean que sus recursos sean dedicados a la causa, entréguenlos, o por lo menos todo lo que realmente no les hace falta para su mantención, mientras vivan. Unos pocos de los hermanos

están haciéndolo así y disfrutan de la satisfacción de ser ejecutores de su propio testamento. Por su avaricia, ¿tendrán los hombres que ser privados de la vida para que lo que Dios les ha prestado no permanezca inservible para siempre? Que ninguno de ustedes atraiga sobre sí el destino del siervo inútil que ocultó bajo tierra el dinero de su Señor.

La caridad que se manifiesta en el lecho de muerte no puede sustituir a la benevolencia que se ejerce mientras se está lleno de vida. Muchos les dejan a sus amigos y parientes todo menos una parte insignificante de su propiedad. Eso es lo que le dejan a su Amigo supremo, que se empobreció por causa de ellos, que sufrió insultos, burlas y muerte para que ellos pudieran llegar a ser hijos e hijas de Dios. Y sin embargo, esperan que, cuando los justos muertos surjan a la vida inmortal, ese Amigo los lleve a las habitaciones eternas.

Robamos a la causa de Cristo, no por un mero pensamiento pasajero, no por un acto impensado. No. Usted hizo su testamento como una acción deliberada, colocando su propiedad a la disposición de incrédulos. Después de haberle robado a Dios durante su vida, usted sigue robándole después de su muerte, y lo hace en pleno consentimiento de todas sus facultades mentales, en un documento llamado “testamento” o “última voluntad”. ¿Cuál cree usted que será la voluntad de su Maestro con respecto a usted, por haberse apropiado así de los bienes de él? ¿Qué dirá usted cuando le pidan cuenta de su mayordomía? (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, pp. 139–146).

LOS NEGOCIOS Y LA RELIGIÓN

Los que se dedican a la obra de Dios no pueden servir a esta causa aceptablemente a menos que usen lo mejor que puedan los privilegios religiosos de que disfrutan. Son como árboles plantados en el huerto del Señor; y él viene a nosotros buscando el fruto que tiene derecho a esperar. Su ojo ve a cada uno de nosotros; lee nuestro corazón y comprende nuestra vida. Esta es una inspección solemne, porque se refiere al deber y al destino; ¡y con qué interés se cumple!

Pregúntese cada uno de aquellos a quienes han sido confiados cometidos sagrados: “¿Qué ve en mí el ojo escrutador de Dios? ¿Está mi corazón limpio de contaminación, o han llegado a estar tan profanados los atrios de su templo, tan ocupados por compradores y vendedores, que Cristo no halla cabida?” El apresuramiento de los negocios, si es continuo, apagará la espiritualidad, y desterrará a Cristo del alma. Aunque profesen la verdad, si los hombres pasan día tras día sin relación viva con Dios, serán inducidos a hacer cosas extrañas; tomarán decisiones que no concordarán con la voluntad de Dios. No hay seguridad para nuestros hermanos dirigentes mientras avancen según sus propios impulsos. No estarán unidos con Cristo, no obrarán en armonía con él. No podrán ver ni comprender las necesidades

de la causa y Satanás los inducirá a asumir actitudes que estorbarán y molestarán. Hermanos míos, ¿están cultivando la devoción? ¿Se destaca su amor por las cosas religiosas? ¿Están viviendo por la fe y venciendo al mundo? ¿Asisten al culto público de Dios? ¿Se oye su voz en las reuniones de oración y testimonio? ¿Celebran el culto en su familia? ¿Reunen a sus hijos mañana y noche y presentan sus casos a Dios? ¿Los instruyen acerca de cómo seguir al Cordero? Si su familia no es religiosa, eso testifica de su negligencia e infidelidad. Si, mientras están relacionados con la causa sagrada de Dios, sus hijos son negligentes, irreverentes y no tienen amor por las reuniones religiosas ni la verdad sagrada, es algo triste. Una familia tal ejerce influencia contra Cristo y la verdad; pues dice Cristo: “El que no es conmigo, contra mí es” (Mat. 12:30).

La negligencia religiosa en el hogar, el descuidar la educación de los hijos, es algo que desagrada mucho a Dios. Si uno de sus hijos estuviese en el río, luchando con las olas y en inminente peligro de ahogarse, ¡qué conmoción se produciría! ¡Qué esfuerzos se harían, qué oraciones se elevarían, qué entusiasmo se manifestaría para salvar esa vida humana! Pero aquí están sus hijos sin Cristo, y sus almas no están salvas. Tal vez son hasta groseros y descorteses, un oprobio para el nombre adventista. Percen sin esperanza y sin Dios en el mundo, y ustedes son negligentes y despreocupados.

¿Qué ejemplo dan a sus hijos? ¿Qué orden tienen en casa? Deben enseñar a sus hijos a ser bondadosos, serviciales, accesibles a las súplicas, y sobre todo lo demás, respetuosos de las cosas religiosas, y deben sentir la importancia de los requerimientos de Dios. Se les debe enseñar a respetar la hora de la oración; se debe exigir que se levanten por la mañana para estar presentes en el culto familiar.

Los padres y las madres que ponen a Dios en primer lugar en su familia, que enseñan a sus hijos que el temor del Señor es el principio de la sabiduría, glorifican a Dios

delante de los ángeles y delante de los hombres, presentando al mundo una familia bien ordenada y disciplinada, una familia que ama y obedece a Dios, en lugar de rebelarse contra él. Cristo no es un extraño en sus hogares; su nombre es un nombre familiar, venerado y glorificado. Los ángeles se deleitan en un hogar donde Dios reina supremo, y donde se enseña a los niños a reverenciar la religión, la Biblia y al Creador. Las familias tales pueden aferrarse a la promesa: “Yo honraré a los que me honran” (1 Sam. 2:30). Y cuando de un hogar tal sale el padre a cumplir sus deberes diarios, lo hace con un espíritu enternecido y subyugado por la conversación con Dios. Él es cristiano no solo en lo que profesa, sino además en sus negocios y en todas sus relaciones comerciales. Hace su trabajo con fidelidad, sabiendo que el ojo de Dios está sobre él.

En la iglesia su voz no guarda silencio. Tiene palabras de gratitud y estímulo que pronunciar; porque es un cristiano que crece, tiene una experiencia renovada cada día. Es un obrero activo en la iglesia, y ayuda, trabajando para la gloria de Dios y la salvación de sus semejantes. Se sentiría condenado y culpable delante de Dios si no asistiese al culto público y no aprovechase los medios que le habilitan para prestar un servicio mejor y más eficaz en la causa de la verdad.

Dios no queda glorificado cuando los hombres de influencia se transforman en meros negociantes, o ignoran los intereses eternos, que son más duraderos, y son tanto más nobles y elevados que los temporales. ¿Dónde debiera ejercerse el mayor tacto y habilidad, sino en las cosas imperecederas, tan duraderas como la eternidad? Hermanos, desarrollen su talento para servir al Señor; manifiesten tanto tacto y capacidad al trabajar para la edificación de la causa de Cristo como lo hacen en las empresas mundanales.

Lamento decir que hay gran falta de fervor e interés en las cosas espirituales, de parte de las cabezas de muchas familias. Hay algunos que se encuentran rara vez en la casa

de culto. Presentan una excusa, luego otra, y aun otra, por su ausencia; pero la verdadera razón es que su corazón no tiene inclinación religiosa. No cultivan un espíritu de devoción en la familia. No crían a sus hijos en la enseñanza y la admonición del Señor. Esos hombres no son lo que Dios quisiera que fuesen. No tienen relación viva con él; son puramente negociantes. No tienen espíritu conciliador; hay tanta falta de mansedumbre, bondad y cortesía en su conducta que sus motivos se prestan a ser mal interpretados, y hasta se habla mal del bien que realmente poseen. Si pudiesen darse cuenta de cuán ofensiva es su conducta a la vista de Dios, harían un cambio. [...]

Satanás hace cuanto puede para apartar de Dios a la gente; y tiene éxito cuando la vida religiosa está ahogada en las actividades comerciales, cuando puede absorber de tal manera la mente con los negocios que no se toma tiempo para leer la Biblia, para orar en secreto, para mantener ardiente sobre el altar mañana y noche la ofrenda de alabanza y agradecimiento. ¡Cuán pocos se dan cuenta de las trampas del gran engañador! ¡Cuántos ignoran sus designios!

Cuando nuestros hermanos se ausentan voluntariamente de las reuniones religiosas, cuando no piensan en Dios ni lo veneran, cuando no lo eligen como su Consejero y su fuerte Torre de defensa, ¡cuán pronto los pensamientos seculares y la perversa incredulidad penetran en su vida y la vana confianza y la filosofía acuden a reemplazar la fe humilde y confiada! Con frecuencia se estiman las tentaciones como la voz del verdadero Pastor, porque los hombres se han separado de Jesús. No pueden estar seguros un momento, a menos que alberguen buenos principios en el corazón, y los apliquen en toda transacción comercial. [...]

Cualquiera que sea la posición que ocupemos en la vida, cualquiera que sea nuestro quehacer, debemos ser bastante humildes para sentir nuestra necesidad de ayuda; debemos apoyarnos implícitamente en las enseñanzas de la Palabra de Dios, reconocer su providencia en todas las cosas, y ser

fieles en expresar en oración el sentimiento de nuestra alma. Apóyense en su propio entendimiento, amados hermanos, mientras se abren paso en el mundo, y cosecharán tristeza y desilusión. Confíen en el Señor con todo su corazón, y él guiará sus pasos con sabiduría, y sus intereses estarán seguros para este mundo y para el venidero. Necesitan luz y conocimiento. Tomarán consejo de Dios o de su propio corazón; andarán a la luz de las chispas de su propio fuego, se allegarán a la luz divina del Sol de justicia. [...]

A fin de ganar dinero, muchos se separan de Dios e ignoran sus intereses eternos. Siguen la misma conducta que el hombre mundano, maquinador; pero Dios no está en esto, es una ofensa para él. Él quisiera que ellos fuesen prontos para idear y ejecutar planes; pero todos los asuntos comerciales deben ser manejados en armonía con la gran Ley moral de Dios. Los principios del amor a Dios y al prójimo deben ser aplicados en todos los actos de la vida diaria, tanto en los más pequeños como en los más grandes. Debe haber un deseo de hacer más que pagar el diezmo de la menta, el anís y el comino; y las cosas mayores de la ley: el juicio, la misericordia y el amor de Dios, no deben ser descuidadas; porque el carácter personal de todo aquel que está relacionado con la obra deja su impresión sobre ella.

Hay hombres y mujeres que lo han dejado todo por Cristo. Consideraron sus propios intereses temporales, su propio goce de la sociedad y la familia, de menor importancia que los intereses del Reino de Dios. No dieron a las casas y las tierras, a los parientes y amigos, por queridos que fueran, el primer lugar en sus afectos, para dejar el segundo a la causa de Dios. Los que hacen esto, que dedican su vida al progreso de la verdad, a traer muchos hijos e hijas a Dios, tienen la promesa de que recibirán cien veces tanto en esta vida, y en el mundo venidero la vida eterna. Los que trabajan desde un punto de vista noble y con motivos abnegados serán consagrados a Dios, en cuerpo, alma y espíritu. No ensalzarán al yo; no se sentirán competentes

para asumir responsabilidades; pero no se negarán a llevar las cargas, porque tendrán el deseo de hacer cuanto pueden hacer. No estudiarán su propia conveniencia; lo que ellos preguntan es: ¿Cuál es mi deber? (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, pp. 399–404).

SOCIEDAD CON CRISTO

La bendición de Dios descansará sobre aquellos que en _____
Laprecian la causa de Cristo. Las ofrendas voluntarias de
nuestros hermanos y hermanas, hechas con fe y amor al Re-
demptor crucificado les reportarán bendiciones; porque Dios
toma nota de todo acto de generosidad de parte de sus santos,
y lo recuerda. Al preparar una casa de culto, debe ejercerse
grandemente la fe y la confianza en Dios. En los negocios,
los que no aventuran nada adelantan poco; ¿por qué no tener
también fe en la obra de Dios, e invertir recursos en su causa?

Algunos, cuando están en la pobreza, son generosos con lo
poco que tienen; pero a medida que adquieren propiedades se
vuelven avaros. Tienen muy poca fe, porque no se mantienen
hacia delante a medida que prosperan, y no dan a la causa de
Dios hasta el sacrificio.

En el sistema judaico se requería que la generosidad se ma-
nifestara primero hacia el Señor. En la cosecha y la vendimia,
las primicias del campo –el grano, el vino y el aceite– debían
consagrarse como ofrenda para Jehová. Se reservaban para los
pobres las espigas caídas y los rincones de los campos. Nuestro
misericordioso Padre celestial no descuidó las necesidades de
los pobres. Las primicias de la lana, cuando se esquilaban

las ovejas, y del grano, cuando se trillaba el trigo, debían ofrecerse a Jehová; y él ordenaba que los pobres, las viudas, los huérfanos y los extranjeros fuesen invitados a los festines. Al fin de cada año se requería de todos que jurasen solemnemente si habían obrado o no de acuerdo con el mandato de Dios.

Este plan fue prescrito por el Señor para convencer a los israelitas de que en todo asunto él ocupaba el primer lugar. Mediante este sistema de dadivosidad debían recordar que su misericordioso Maestro era el verdadero propietario de sus campos y rebaños; que el Dios del Cielo les mandaba el sol y la lluvia para la siembra y la cosecha, y que todo lo que poseían era creado por él. Todo era del Señor, y él los había hecho administradores de sus bienes.

La generosidad de los judíos en la construcción del Tabernáculo y del Templo ilustra un espíritu de dadivosidad que no ha sido igualado por los cristianos en ninguna ocasión ulterior. Los judíos acababan de ser libertados de su larga esclavitud en Egipto y erraban por el desierto; sin embargo, apenas fueron librados de los ejércitos de los egipcios que los perseguían en su apresurado viaje, llegó la palabra del Señor a Moisés, diciendo: “Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda: de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón, tomaréis mi ofrenda” (Éxo. 25:2). El pueblo tenía pocas riquezas, y ninguna halagüeña perspectiva de aumentarlas; pero tenía delante de sí un objeto: construir un Tabernáculo para Dios. El Señor había hablado, y sus hijos debían obedecer su voz. No retuvieron nada. Todos dieron con mano voluntaria; no cierta cantidad de sus ingresos, sino gran parte de lo que poseían. La consagraron gozosa y cordialmente al Señor, y le agradaron al hacerlo. ¿No le pertenecía acaso todo? ¿No les había dado él todo lo que poseían? Si él lo pedía, ¿no era su deber devolver al Prestamista lo suyo?

No hubo necesidad de rogarles. El pueblo trajo aún más de lo requerido, y se le dijo que cesara de traer sus ofrendas

porque había ya más de lo que se podía usar. Igualmente, al construirse el Templo, el pedido de recursos recibió cordial respuesta. La gente no dio de mala gana. Le regocijaba la perspectiva de que fuese construido un edificio para el culto de Dios, y dio más de lo suficiente para ese fin. David bendijo al Señor delante de toda la congregación y dijo: “Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? porque todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos” (1 Crón. 29:14). Además, en su oración, David dio gracias con estas palabras: “Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos aprestado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo” (vers. 16).

David comprendía perfectamente de quién provenían todas sus bendiciones. ¡Ojalá que aquellos que en este tiempo se regocijan en el amor del Salvador se dieran cuenta de que su plata y su oro son del Señor, y deben emplearse para fomentar su gloria y no retenerse ávidamente para enriquecimiento y complacencia propia! Él tiene indisputable derecho a todo lo que ha prestado a sus criaturas. Todo lo que ellas poseen le pertenece. [...]

El espíritu de generosidad es el del Cielo; el espíritu de egoísmo es el de Satanás. El amor abnegado de Cristo se revela en la Cruz. El dio todo lo que tenía, y luego se dio a sí mismo para que el hombre fuese salvo. La Cruz de Cristo despierta la generosidad de todo aquel que sigue al bienaventurado Salvador. El principio que ilustra es el de dar, siempre dar. Este principio puesto en práctica mediante la generosidad genuina y las buenas obras, es el verdadero fruto de la vida cristiana. El principio de los mundanos consiste en conseguir, y con ello esperan obtener felicidad; pero al seguirlo hasta sus últimas consecuencias, su fruto es el sufrimiento y la muerte.

Llevar la verdad a los habitantes de la Tierra, rescatarlos de su culpa e indiferencia, es la misión de los que siguen a Cristo. Los hombres deben tener la verdad a fin de que

los santifique, y nosotros somos los conductos de la luz de Dios. Nuestros talentos, recursos y conocimientos no están destinados meramente a beneficiarnos a nosotros mismos; se han de usar para la salvación de las almas, para elevar al hombre de su vida de pecado y conducirlo por medio de Cristo al Dios infinito.

Debemos trabajar celosamente en esta causa, tratando de conducir a los pecadores, los arrepentidos y los creyentes a un Redentor divino, e inculcarles un elevado sentimiento del amor de Dios hacia el hombre. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). ¡Qué amor incomparable es este! Es tema para la más profunda meditación. ¡El asombroso amor de Dios por un mundo que no lo amaba! El pensar en él ejerce un poder subyugador sobre el alma y cautiva la mente a la voluntad de Dios. Los hombres que se enloquecen por las ganancias y se sienten desilusionados y desgraciados en su búsqueda de las cosas del mundo, necesitan el conocimiento de esta verdad para satisfacer el hambre y la sed insaciable de sus almas.

En su gran ciudad se necesitan misioneros para Dios, que lleven la luz a los que moran en sombra de muerte. Se necesitan manos expertas para que, con la mansedumbre de la sabiduría y la fuerza de la fe, eleven a las almas cansadas al seno de un Redentor compasivo. ¡Qué maldición es el egoísmo! Nos impide dedicarnos al servicio de Dios. Nos impide percibir las exigencias del deber, que debieran hacer arder nuestros corazones con celo ferviente. Todas nuestras energías tendrían que dedicarse a la obediencia de Cristo. Compartir nuestro interés con los caudillos del error es ayudar al bando del mal y conceder ventajas a nuestros enemigos. La verdad de Dios no transige con el pecado, no se relaciona con el artificio ni se une con la transgresión. Se necesitan soldados que siempre contesten al llamado y estén listos para entrar en acción inmediatamente y no aquellos

que, cuando se los necesita, se encuentran ayudando al enemigo. [...]

Una característica notable de las enseñanzas de Cristo es la frecuencia y el fervor con que reprendía el pecado de la avaricia, y señalaba el peligro de las adquisiciones mundanales y del amor desmedido a la ganancia. En las mansiones de los ricos, en el Templo y en las calles, amonestaba a aquellos que indagaban por la salvación: “Mirad, y guardaos de toda avaricia” (Luc. 12:15). “No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Luc. 16:13).

Es esta creciente devoción a la ganancia de dinero y el egoísmo engendrado por el deseo de ganancias, lo que priva a la iglesia del favor de Dios y embota la espiritualidad. Cuando la cabeza y las manos están constantemente ocupadas en hacer planes y trabajar para acumular riquezas, se olvidan las exigencias de Dios y la humanidad. Si Dios nos ha bendecido con prosperidad, no es para que nuestro tiempo y nuestra atención se aparten de él y se dediquen a aquello que él nos prestó. El Dador es mayor que el don. No somos nuestros; hemos sido comprados con precio. ¿Hemos olvidado el precio infinito que se pagó por nuestra redención? ¿Ha muerto la gratitud en nuestro corazón? ¿Acaso la Cruz de Cristo no cubre de vergüenza una vida manchada de egoísta comodidad y complacencia propia?

¿Qué habría sucedido si Cristo, cansándose de la ingratitude y los ultrajes que por todas partes recibía, hubiese abandonado su obra? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese llegado al momento en que dijo: “Consumado es” (Juan 19:30)? ¿Qué habría sucedido si hubiese regresado al Cielo, desalentado por la recepción que se le diera? ¿Qué habría sucedido si nunca hubiese pasado en el huerto de Getsemaní por aquella agonía de alma que hizo brotar de sus poros grandes gotas de sangre?

Al trabajar por la redención de la especie humana, Cristo sentía la influencia de un amor sin comparación y de su devoción a la voluntad del Padre. Trabajó para beneficio del

hombre hasta en la misma hora de su humillación. Pasó su vida en la pobreza y la abnegación por causa del degradado pecador. En un mundo que le pertenecía, no tuvo dónde reclinar la cabeza. Estamos recogiendo los frutos de su infinito sacrificio; y sin embargo, cuando se ha de trabajar, cuando se necesita nuestro dinero para ayudar en la obra del Redentor, en la salvación de las almas, rehuimos el deber y rogamos que se nos excuse. Una innoble pereza, una indiferencia negligente y un perverso egoísmo cierran nuestros sentidos a las exigencias de Dios.

¡Oh!, ¿debió Cristo, la Majestad del Cielo, el Rey de gloria, llevar la pesada cruz y la corona de espinas, y beber la amarga copa, mientras nosotros nos reclinamos cómodamente, glorificándonos a nosotros mismos y olvidando las almas por cuya redención murió derramando su preciosa sangre? No; demos mientras está en nuestro poder hacerlo. Obremos mientras tenemos fuerza. Trabajemos mientras es de día. Dedicemos nuestro tiempo y nuestros recursos al servicio de Dios, para obtener su aprobación y recibir su recompensa (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, pp. 80–86).

DESHONESTIDAD EN LA IGLESIA

“Raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Tim. 6:10). Algunos que profesan la verdad no resisten la tentación en este punto. Entre los mundanos de esta generación, los mayores delitos se perpetran por amor al dinero. Si no pueden obtener riqueza con la actividad honesta, los hombres recurren al fraude, al engaño y al delito. La copa de la iniquidad está casi llena y la justicia retributiva de Dios está a punto de descender sobre los culpables. Los jueces y los supuestamente interesados amigos roban el alimento a las viudas y los pobres son obligados a sufrir por lo que es necesario, a causa de la deshonestidad que se práctica para agradar a la extravagancia. El terrible registro de delitos de nuestro mundo bastaría para helar la sangre y horrorizar el alma, pero el hecho de que incluso entre los que profesan creer la verdad se arrastran los mismos males y los mismos pecados se consienten en mayor o menor grado exige una profunda humillación del alma.

Un hombre que tema sinceramente a Dios se esforzará día y noche, sufrirá privaciones y comerá el pan de la pobreza antes que abandonarse a la pasión por la ganancia, que oprima a la viuda y al huérfano, o conculque el derecho del extranjero. Los delitos cometidos por amor a la ostentación y al dinero consti-

tuyen en este mundo una ladronera y son causa del llanto de los ángeles. Pero los cristianos no son moradores profesos de la Tierra, se encuentran en un país extraño, como si se detuvieran solo por una noche. Nuestro hogar está en las mansiones que Jesús fue a preparar para nosotros. Esta vida no es más que un vapor que se desvanece. [...]

Se me presentaron la incredulidad y los pecados del antiguo Israel, y vi que en el moderno Israel se cometen delitos similares. La pluma inspirada recogió sus crímenes para que los que viven en los últimos tiempos pudieran aprender de ellos, para que podamos evitar su mal ejemplo. Acán codiciaba un lingote de oro y un manto babilonio que habían sido tomados como botín, y los guardó en secreto para sí. Pero el Señor había maldecido la ciudad de Jericó y ordenó al pueblo que no tomara botín del enemigo para su uso personal. “Pero vosotros guardaos del anatema; ni toquéis, ni toméis alguna cosa del anatema, no sea que hagáis anatema al campamento de Israel, y lo turbéis. Mas toda la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro, sean consagrados a Jehová, y entren en el tesoro de Jehová” (Jos. 6:18–19). [...]

La respuesta del Señor a Josué fue: “Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro? Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han mentado, y aun lo han guardado entre sus enseres” (Jos. 7:10–11). Acán había robado algo que estaba reservado para Dios y lo había guardado con su tesoro. Cuando vio que el campamento de Israel estaba atribulado disimuló y no confesó su culpa porque sabía que Josué había repetido al pueblo las palabras del Señor según las cuales, si se apropiaban de lo que Dios había reservado, el campamento de Israel sería atribulado.

Mientras gozaba de su ganancia ilícita, su seguridad se vio destruida. Oyó que se llevaría a cabo una investigación. Eso lo incomodó. Una y otra vez se repitió: “¿Qué les importa? Soy responsable de mis actos”. Endureció su rostro

y, con maneras muy exageradas condenó al único culpable. Si hubiese confesado se habría podido salvar, pero el pecado le endureció el corazón y continuó declarándose inocente. Pensaba que, en medio de una multitud tan grande, no lo encontrarían. Se echaron suertes para buscar al transgresor. Y la suerte cayó sobre la tribu de Judá. Entonces el corazón de Acán empezó a latir lleno de temor porque él pertenecía a esa tribu; pero siguió engañándose pensando que escaparía. De nuevo se echaron suertes que señalaron a su familia. Josué leyó la culpa en su pálida cara. Se echaron suertes por tercera vez y señalaron al infeliz. Ahí estaba, señalado por el dedo de Dios como el culpable que había causado el desastre.

Cuando Acán cedió a la tentación, si le hubieran preguntado si deseaba traer la desgracia y la muerte al campamento de Israel, él habría respondido: “¡No, no! ¿Acaso tu siervo es un perro capaz de cometer tal maldad?” Pero se recreó en la tentación de satisfacer su codicia y, cuando se presentó la ocasión, fue más allá de lo que se había propuesto. Exactamente de esa misma manera los miembros de la iglesia afligen el Espíritu de Dios, estafan a sus vecinos y atraen la ira de Dios sobre la iglesia. Nadie vive para sí. La vergüenza, la derrota y la muerte cayeron sobre Israel por el pecado de un hombre. La protección que cubría sus cabezas en la batalla se retiró. Varios pecados acariciados y practicados por cristianos profesos atraen la ira de Dios sobre la iglesia. En el día en que el Libro Mayor del Cielo sea abierto, el Juez no expresará con palabras la culpa de los hombres, sino que echará una penetrante y acusadora mirada, y todas las acciones, todas las transacciones de la vida quedarán vivamente impresas en la memoria del transgresor. No será preciso que, como en tiempos de Josué, se busque a la persona entre la tribu y la familia; sus propios labios confesarán su vergüenza, su egoísmo, su codicia, su deshonestidad, su disimulo y su fraude. Sus pecados, ocultos al conocimiento de los hombres, serán proclamados como si estuviesen en medio de la plaza pública.

La influencia que más debe temer la iglesia no es la de los oponentes, infieles y blasfemos declarados, sino la de los que profesan a Cristo de manera inconsistente. Son los que obstaculizan las bendiciones del Dios de Israel y traen debilidad sobre la iglesia, un reproche difícil de borrar. Mientras Josué estaba postrado sobre su rostro, vertiendo su alma ante Dios, con lágrimas y agonía, la orden de Dios fue una reprensión: “Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?” (Jos. 7:10).

Las iglesias populares están llenas de hombres que, pretendiendo servir a Dios, son ladrones, asesinos, adúlteros y fornicadores; pero quienes profesan nuestra humilde fe deben seguir un modelo más elevado. Deben ser cristianos bíblicos y deben ser diligentes en el estudio del Mapa de la vida. En oración, deben examinar cuidadosamente los motivos que los empujan a actuar. Los que desean poner su confianza en Cristo deben empezar a estudiar ahora la belleza de la Cruz. Si quieren ser cristianos vivos, deben empezar a temer y obedecer a Dios ahora. Si lo desean, pueden salvar sus almas de la ruina y ganar la vida eterna.

La costumbre de explotar en el comercio, tan habitual en el mundo, no es ejemplo para los cristianos. No se deben apartar de la perfecta integridad, ni aun en los asuntos más pequeños. Vender un artículo por más de lo que vale, aprovechando la ignorancia del comprador, es un fraude. Los beneficios desleales, las pequeñas argucias en el comercio, la exageración, la competencia, el menosprecio a un hermano que intenta llevar a cabo un negocio honrado, son causa de corrupción de la pureza de la iglesia y arruinan su espiritualidad.

El mundo de los negocios no escapa al gobierno de Dios. El cristianismo no debe ser exhibido únicamente en sábado y en el Santuario. Es asunto de todos los días de la semana y todos los lugares. Sus exigencias deben ser reconocidas y obedecidas en el taller, en el hogar y en los negocios con los hermanos y con el mundo. En muchos, una mundanalidad

absorbente eclipsa el verdadero sentido de la obligación cristiana. La religión de Cristo tendrá tal influencia sobre el corazón que llegará a controlar la vida. Los hombres que poseen la genuina religión verdadera, mostrarán en todos sus negocios la misma clara percepción de la justicia que cuando ofrecen sus súplicas ante el Trono de gracia. La vida, con todas sus capacidades, pertenece a Dios y debe ser usada para promover su gloria en lugar de pervertirla para el servicio de Satanás defraudando a los semejantes.

Algunos tienen a Satanás como consejero. Les dice que si quieren prosperar deberán escuchar sus consejos: “No seas tan estricto con el honor y la honradez, mira por tu propio interés y no permitas que la piedad, la generosidad y la amabilidad te retengan. No te preocupes por la viuda los huérfanos. Que no dependan de ti, sino que se ocupen de ellos mismos. No te preguntes si tienen o no alimentos, o si puedes bendecirlos con una atención. Cuida de ti mismo. Acumula cuanto puedas. Roba a las viudas y a los huérfanos, estafa al extranjero, y tendrás recursos suficientes para suplir tus muchas necesidades”. Algunos han escuchado este consejo y menospreciado a Aquel que dijo: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Sant. 1:27).

Satanás ofrece a los hombres los reinos del mundo a cambio de que ellos le entreguen la supremacía. Muchos sacrifican así el Cielo. Mejor es morir que pecar; mejor es necesitar que defraudar; mejor es pasar hambre que mentir. Que todos los que son tentados se enfrenten a Satanás con estas palabras: “Bienaventurado todo aquel que teme a Jehová, que anda en sus caminos. Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado serás, y te irá bien” (Sal. 128:1, 2). Esta es la condición y la promesa que se cumplirá inequívocamente. La felicidad y la prosperidad serán el resultado de servir al Señor (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, pp. 481–485).

A PADRES RICOS

En el congreso campestre celebrado en Vermont, en 1870, me sentí urgida por el Espíritu de Dios a dar un testimonio franco sobre el deber de padres ancianos y adinerados en cuanto a la disposición de sus bienes. Se me había mostrado que algunos hombres que generalmente son sagaces, prudentes y perspicaces respecto a la transacción de negocios, que se distinguen por su prontitud y minuciosidad, manifiestan una falta de previsión y presteza respecto a un plan adecuado de distribución de sus bienes mientras están vivos. No saben cuán pronto puede concluir su tiempo de prueba; sin embargo, pasan de un año a otro con sus negocios sin arreglar y con frecuencia sus vidas finalmente se cierran sin tener el uso de sus facultades mentales [para arreglar sus asuntos]. O pueden morir repentinamente, sin un momento de advertencia, y sus bienes se distribuyen de una manera que ellos no habrían aprobado. Son culpables de negligencia; son mayordomos infieles.

Los cristianos que creen la verdad presente debieran manifestar sabiduría y previsión. No debieran descuidar el arreglo para la distribución de sus medios, esperando una oportunidad favorable para arreglar sus negocios durante una larga enfermedad. Tendrían que tener sus negocios ordenados en una

forma tal que, si en cualquier momento fueran llamados a abandonarlos y no tuvieran oportunidad de opinar en cuanto a su arreglo, pudieran definirse como ellos lo habrían hecho si hubieran estado vivos. Muchas familias han sido despojadas deshonestamente de todos sus bienes y se han visto sometidas a la pobreza porque se descuidó el trabajo que podría haberse hecho bien en una hora. Aquellos que hacen su testamento no deberían escatimar esfuerzos o gastos para obtener consejo legal y hacer que sea redactado en un modo que resista la prueba.

Algunos colocan sus recursos más allá de su control poniéndolos en las manos de sus hijos. Su intención secreta es colocarse en una posición donde no se sentirán responsables de dar de sus bienes para esparcir la verdad. Los tales aman de palabra, pero no de hecho y en verdad. No comprenden que lo que están manejando es el dinero del Señor, no el suyo.

Los padres deberían tener gran temor de confiar a los hijos los recursos que Dios ha colocado en sus manos, a menos que tengan la más segura evidencia de que sus hijos tienen mayor interés, amor y devoción por la causa de Dios que la que poseen ellos mismos, y que estos hijos serán más fervientes y celosos en promover la obra de Dios, y más generosos para llevar adelante las diversas empresas vinculadas con ella que requieren recursos materiales. Pero muchos ponen sus recursos en las manos de sus hijos, depositando así en ellos la responsabilidad de su propia mayordomía, porque Satanás los impulsa a hacerlo. Con ello, colocan esos medios en forma efectiva en las filas del enemigo. Satanás trabaja en el asunto para favorecer sus propósitos e impide que lleguen a la causa de Dios los medios que esta necesita para ser abundantemente sustentada.

Muchos que han hecho una elevada profesión de fe son deficientes en buenas obras. Si mostraran su fe por sus obras ejercerían una influencia poderosa del lado de la verdad. Pero no aumentan los talentos de bienes materiales que Dios les ha

prestado. Aquellos que piensan calmar su conciencia dejando sus propiedades en testamento a sus hijos, o impidiendo que llegue a la causa de Dios y permitiendo que pase a las manos de hijos incrédulos e irresponsables, para que las malgasten o las acumulen y les rindan culto, tendrán que rendir cuenta ante Dios; son mayordomos infieles del dinero de su Señor. Permiten que Satanás les saque ventaja a través de estos hijos, cuyas mentes están bajo su control. Los propósitos de Satanás se cumplen de muchas maneras, mientras que los mayordomos de Dios parecen estar embotados y paralizados; no comprenden su gran responsabilidad y que el día de la rendición de cuentas debe venir en breve. [...]

Aquellos que se han familiarizado con los principios de la verdad debieran seguir de cerca la Palabra de Dios como su guía. Debieran dar a Dios las cosas que son de Dios.

Se me mostró que varios en Vermont estaban cometiendo un gran error al apropiarse de los medios que Dios había confiado a su custodia. Estaban pasando por alto las demandas de Dios sobre todo lo que tienen. El enemigo de la justicia había cegado sus ojos, y estaban tomando un curso de acción que resultaría desastroso para ellos y para sus queridos hijos.

Los hijos estaban influyendo sobre sus padres para que dejaran su propiedad en las manos de ellos, a fin de apropiarse de ella de acuerdo con su criterio. Con la luz de la Palabra de Dios, tan sencilla y clara respecto al dinero prestado a los mayordomos, y con las advertencias y las reprobaciones que Dios ha dado mediante los Testimonios en cuanto a la distribución de los recursos; si con toda esta luz ante ellos, los hijos, ya sea directa o indirectamente, influyen sobre sus padres para que repartan su propiedad mientras vivan, o para que la den en testamento principalmente a los hijos a fin de que pase a manos de ellos después de la muerte de sus padres, asumen enormes responsabilidades. Los hijos de padres ancianos que profesan creer la verdad, debieran, en el temor de Dios, aconsejar y suplicar

a sus padres que sean fieles a su profesión de fe y que tomen un curso de acción referente a sus recursos que Dios pueda aprobar. Los padres debieran depositar para ellos tesoros en el Cielo, destinando sus recursos ellos mismos para el avance de la causa de Dios. No debieran privarse ellos mismos del tesoro celestial dejando un exceso de recursos a personas que tienen suficiente; al hacer esto, no solo se privan del precioso privilegio de depositar en los Cielos un tesoro que no falla, sino que roban de la tesorería de Dios.

En el congreso declaré que, cuando la propiedad es dejada en testamento principalmente a los hijos, mientras que no se destina nada a la causa de Dios, o si acaso, una cantidad mezquina indigna de ser mencionada, esta propiedad frecuentemente resultaría en una maldición para los hijos que la heredan. Sería una fuente de tentación y abriría una puerta por la cual estarían corriendo el riesgo de caer en muchas concupiscencias peligrosas y dañinas.

Los padres deberían ejercer el derecho que Dios les ha dado. Les ha confiado los talentos que tendrían que usar para su gloria de acuerdo a su voluntad. Los hijos no debieran llegar a ser responsables de los talentos del padre. Mientras tienen mentes sanas y buen juicio, los padres debieran –con piadosa consideración y con la ayuda de consejeros adecuados que tengan experiencia en la verdad y un conocimiento de la voluntad divina– disponer de sus bienes. Si tienen hijos que están enfermos o que están luchando con la pobreza, y que harán un uso juicioso de los recursos, debieran ser tenidos en cuenta. Pero si tienen hijos incrédulos que poseen abundancia de las cosas de este mundo, y que están sirviendo al mundo, cometen un pecado contra el Amo de todo, que los ha hecho sus mayordomos, al colocar medios en las manos de ellos meramente porque son sus hijos. No se deben considerar livianamente los requerimientos de Dios.

Y debiera entenderse claramente que por el hecho de que los padres han hecho su testamento, esto no les impedirá dar

recursos a la causa de Dios mientras vivan. Debieran hacerlo. Tendrían que tener la satisfacción aquí, y la recompensa en el más allá, de disponer de sus recursos extra mientras vivan. Debieran hacer su parte para promover la causa de Dios. Debieran usar los medios que el Amo les ha prestado para llevar adelante la obra que necesita hacerse en su viña.

El amor al dinero yace a la raíz de casi todos los delitos cometidos en el mundo. Los padres que retienen egoístamente sus recursos para enriquecer a sus hijos, y que no ven las necesidades de la causa ni las alivian, cometen un error terrible. Los hijos a quienes piensan bendecir con sus recursos son malditos a través de ellos.

El dinero dejado a los hijos frecuentemente se convierte en una raíz de amargura. A menudo disputan sobre la propiedad que se les dejó y en caso de un testamento, rara vez están todos satisfechos con la distribución hecha por el padre. Y en vez de que los recursos dejen una animada gratitud y reverencia por su memoria, crean insatisfacción, murmuración, envidia y falta de respeto. Hermanos y hermanas que estaban en paz entre ellos entran a veces en desacuerdo, y las disensiones familiares son a menudo el resultado de los recursos heredados. Las riquezas son deseables solo como un medio para suplir las necesidades presentes y de hacer bien a otros. Pero las riquezas heredadas, más frecuentemente llegan a ser una trampa para el poseedor que una bendición. Los padres no debieran tratar que sus hijos enfrenten las tentaciones a las que los exponen al dejarles recursos que ellos mismos no han hecho ningún esfuerzo para ganar.

Se me mostró que algunos hijos que profesan creer en la verdad, en una manera indirecta han influido sobre el padre para que guarde sus recursos para sus hijos en vez de asignarlos a la causa de Dios mientras vive. Aquellos que han influenciado sobre su padre para que cambie la administración de sus bienes para beneficiarlos a ellos, poco saben lo que están haciendo. Están acumulando sobre ellos mismos una doble responsabilidad, la de inclinar la mente

del padre para que no cumpla el propósito de Dios en la distribución de los medios que Dios le prestó, a fin de ser usados para su gloria, y la responsabilidad adicional de convertirse en mayordomos de medios que el padre debería haber prestado a los banqueros, para que el Amo pudiera recibir lo suyo con intereses.

Muchos padres cometen un gran error al sacar sus propiedades de sus manos y colocarlas en las de sus hijos mientras ellos mismos son responsables por el uso o abuso del talento que Dios les ha prestado. La transferencia de los bienes no hace más felices ni a los padres ni a los hijos. Y los padres generalmente lamentan esta acción de su parte, incluso si viven pocos años más. El amor a los padres por parte de los hijos no aumenta con este curso de acción. Los hijos no sienten mayor gratitud ni obligación hacia sus padres por su liberalidad. A la raíz del asunto parece haber una maldición, que aflora en egoísmo de parte de los hijos y en desdicha y sentimientos miserables de dependencia restringida de parte de los padres.

Si los padres, mientras viven, ayudaran a sus hijos a valerse por ellos mismos, esto sería mejor que dejarles una suma grande de dinero al morir. Los hijos a quienes se les permite confiar principalmente en sus propios esfuerzos llegan a ser mejores hombres y mujeres, y están mejor capacitados para la vida práctica que aquellos hijos que han dependido de los bienes de su padre. Los hijos a quienes se les permite depender de sus propios recursos generalmente valoran sus aptitudes, mejoran sus privilegios, y cultivan y dirigen sus facultades para cumplir un propósito en la vida. Frecuentemente desarrollan caracteres con rasgos de laboriosidad, frugalidad y valor moral, que yacen en el fundamento del éxito en la vida cristiana. Aquellos hijos por quienes los padres hacen más, frecuentemente sienten la menor obligación hacia sus progenitores. Los errores de los que hemos hablado han existido. Los padres han transferido la administración de sus bienes a sus hijos (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, pp. 132–138).

LOS DIEZMOS Y LAS OFRENDAS

La misión de la iglesia de Cristo consiste en salvar a los pecadores que perecen. Consiste en darles a conocer el amor de Dios hacia los hombres y ganarlos para Cristo por la eficacia de ese amor. La verdad para este tiempo debe ser proclamada hasta en los rincones oscuros de la Tierra, y esta obra puede empezar en nuestro propio país. Los que siguen a Cristo no deben vivir egoístamente, sino que, compenetrados del Espíritu de Cristo, deben obrar en armonía con él.

La actual frialdad e incredulidad tienen sus causas. El amor al mundo y los cuidados de la vida separan al alma de Dios. El agua de la vida debe estar en nosotros, fluir de nosotros, brotar para vida eterna. Debemos manifestar externamente lo que Dios obra en nuestro interior. Si el cristiano quiere disfrutar de la luz de la vida, debe aumentar sus esfuerzos para traer a otros al conocimiento de la verdad. Su vida debe caracterizarse por el ejercicio y los sacrificios para hacer bien a otros; y entonces no habrá ya quejas de que falta el gozo.

Los ángeles están siempre empeñados en trabajar para la felicidad de otros. Ese es su gozo. Lo que los corazones egoístas considerarían como un servicio humillante, es decir, el servir a los miserables y a las personas de carácter y posición en

todo sentido inferiores, es la obra de los ángeles puros y sin pecado de los atrios reales del Cielo. El espíritu abnegado del amor de Cristo es el espíritu que predomina en lo alto, y es la misma esencia de su felicidad.

Los que no sienten placer especial en tratar de beneficiar a los demás, en trabajar, aun con sacrificio, para hacerles bien, no pueden tener el espíritu de Cristo o del Cielo, porque no están unidos a la obra de los ángeles celestiales, y no pueden participar en la felicidad que les imparte un gozo excelso. Cristo ha dicho: “Habrà más gozo en el Cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Luc. 15:7). Si el gozo de los ángeles consiste en ver arrepentirse a los pecadores, ¿no consistirá el gozo de los pecadores salvados por la sangre de Cristo en ver a otros arrepentirse y volverse a Cristo por su intermedio? Al obrar en armonía con Cristo y los santos ángeles, experimentaremos un gozo que no puede sentirse fuera de esta obra.

El principio de la Cruz de Cristo impone a todos los que creen, la pesada obligación de negarse ellos mismos, de impartir la luz a otros y de dar de sus recursos para extender la luz. Si están en relación con el Cielo, se dedicarán a la obra en armonía con los ángeles.

El principio de los mundanos consiste en obtener cuanto puedan de las cosas perecederas de esta vida. El amor egoísta a la ganancia es el principio que rige su vida. Pero el gozo más puro no se encuentra en las riquezas ni donde la avaricia está siempre anhelando más, sino donde reina el contentamiento y donde el amor abnegado es el principio dirigente. Son millares los que pasan su vida en la sensualidad, y cuyos corazones están llenos de quejas. Son víctimas del egoísmo y del descontento mientras en vano se esfuerzan por satisfacer sus almas con la sensualidad. Pero la desdicha está estampada en sus mismos rostros aunque detrás de ellos hay un desierto, porque su conducta no es fructífera en buenas obras.

En la medida en que el amor de Cristo llene nuestros corazones y domine nuestra vida, quedarán vencidas la codicia, el egoísmo y el amor a la comodidad, y tendremos placer en cumplir la voluntad de Cristo, cuyos siervos aseveramos ser. Nuestra felicidad será entonces proporcional a nuestras obras abnegadas, impulsadas por el amor de Cristo.

La sabiduría divina ha recalcado, en el plan de salvación, la ley de la acción y la reacción, la cual hace doblemente bendita la obra de beneficencia en todas sus manifestaciones. El que da a los menesterosos beneficia a los demás, y se beneficia a sí mismo en un grado aún mayor. Dios podría haber alcanzado su objeto en la salvación de los pecadores sin la ayuda del hombre, pero él sabía que este no podría ser feliz sin desempeñar en la gran obra una parte en la cual cultivara la abnegación y la benevolencia. [...]

Cuando el amor del mundo se posesiona del corazón y llega a constituir una pasión dominante, no queda lugar para la adoración a Dios, porque las facultades superiores de la mente se someten a la esclavitud de Mamón, y no pueden retener pensamientos de Dios y del Cielo. La mente pierde su recuerdo de Dios, y se estrecha y atrofia por su afición a acumular dinero.

Por causa del egoísmo y amor al mundo, estos hombres han ido perdiendo gradualmente su comprensión de la magnitud de la obra para estos postreros días. No han educado su mente para dedicarse a servir a Dios. No tienen experiencia en ese sentido. Sus propiedades han absorbido sus afectos y eclipsado la magnitud del plan de salvación. Mientras mejoran y amplían sus planes mundanales, no ven la necesidad de ampliar y extender la obra de Dios. Invierten sus recursos en cosas temporales, pero no en las eternas. Su corazón ambiciona más recursos. Dios los hizo depositarios de su ley, para que dejaran resplandecer ante otros la luz que les daba tan misericordiosamente. Pero han aumentado de tal manera sus preocupaciones y

ansiedades que no tienen tiempo para beneficiar a otros con su influencia, para conversar con sus vecinos, para orar con ellos y por ellos, y para tratar de comunicarles el conocimiento de la verdad.

Estos hombres son responsables por el bien que podrían hacer, y que no hacen, presentando como excusa las preocupaciones y las cargas mundanales que embargan su mente y absorben sus afectos. Hay almas por las cuales Cristo murió, que podrían salvarse por sus esfuerzos personales y ejemplo piadoso. Hay almas preciosas que perecen por falta de la luz que Dios otorgó a los hombres para que la reflejaran sobre la senda de los demás. Pero la luz preciosa queda oculta bajo el almud y no alumbra a los que están en la casa. [...]

La gran obra que Jesús anunció que había venido a hacer fue confiada a los que lo siguen en la Tierra. Cristo, como nuestra cabeza, nos guía en la gran obra de salvación, y nos invita a seguir su ejemplo. Nos ha dado un mensaje mundial. Esta verdad debe extenderse a todas las naciones, lenguas y pueblos. El poder de Satanás debe ser desafiado, y ser vencido por Cristo y también por sus discípulos. Una gran guerra debe reñirse contra las potestades de las tinieblas. Y a fin de que esta obra se lleve a cabo con éxito, se requieren recursos. Dios no se propone enviarnos recursos directamente del Cielo, sino que confía talentos y recursos a las manos de sus seguidores, para que los usen con el fin de sostener esta guerra.

Él ha dado a su pueblo un plan para obtener sumas suficientes con qué financiar sus empresas. El plan de Dios en el sistema del diezmo es hermoso por su sencillez e igualdad. Todos pueden practicarlo con fe y valor porque es de origen divino. En él se combinan la sencillez y la utilidad, y no requiere profundidad de conocimiento para comprenderlo y ejecutarlo. Todos pueden sentir que son capaces de hacer una parte para llevar a cabo la preciosa obra de salvación. Cada hombre, mujer y joven puede llegar a ser un tesorero

del Señor, un agente para satisfacer las demandas de la tesorería. Dice el apóstol: “Cada uno de vosotros aparte algo según haya prosperado, y guárdelo” (1 Cor. 16:2, NRV).

Por este sistema se alcanzan grandes objetivos. Si todos lo aceptaran, cada uno sería un tesorero de Dios vigilante y fiel, y no faltarían recursos para llevar a cabo la gran obra de proclamar el último mensaje de amonestación al mundo. La tesorería estará llena si todos adoptan este sistema, y los contribuyentes no serán más pobres por ello. Mediante cada inversión hecha, llegarán a estar más vinculados a la causa de la verdad presente. Estarán “atesorando para sí buen fundamento para lo por venir” a fin de “que echen mano de la vida eterna” (1 Tim. 6:19).

Al ver los que trabajan con perseverancia y sistemáticamente que sus generosos empeños tienden a alimentar el amor a Dios y a sus semejantes, y que sus esfuerzos personales extienden su esfera de utilidad, comprenderán que reporta una gran bendición el colaborar con Cristo. La iglesia cristiana, por lo general, no reconoce el derecho de Dios de exigirle que dé ofrendas de las cosas que posee, para sostener la guerra contra las tinieblas morales que inundan al mundo. Nunca podrá la causa de Dios progresar como debiera hacerlo antes que los seguidores de Cristo trabajen activa y celosamente.

Cada miembro individual de la iglesia debe sentir que la verdad que él profesa es una realidad, y todos deben trabajar desinteresadamente. Algunos ricos se sienten inclinados a murmurar porque la obra de Dios se extiende y se necesita dinero. Dicen que no acaban nunca los pedidos de recursos, y los motivos por solicitar ayuda se presentan uno tras otro. A los tales queremos decir que esperamos que la causa de Dios se extienda de tal manera que haya mayores ocasiones y pedidos más frecuentes y urgentes de que la tesorería supla lo necesario para proseguir la obra.

Si el plan de la benevolencia sistemática fuera adoptado por cada persona y llevado plenamente a cabo, habría una

constante provisión en la tesorería. Los ingresos afluirían como una corriente continuamente alimentada por rebosantes fuentes de generosidad. El dar ofrendas es una parte de la religión evangélica. ¿Acaso la consideración del precio infinito pagado por nuestra redención no nos impone solemnes obligaciones pecuniarias, así como el deber de consagrar todas nuestras facultades a la obra del Maestro?

Tendremos una deuda que saldar con el Maestro antes de mucho cuando él diga: “Da cuenta de tu mayordomía” (Luc. 16:2). Si los hombres prefieren poner a un lado los derechos de Dios y retener egoístamente todo lo que él les da, él callará por el momento y continuará probándolos con frecuencia aumentando sus bendiciones, dejando que estas continúen fluyendo; y aquellos hombres seguirán tal vez recibiendo honores de sus semejantes, sin que la iglesia los censure; pero antes de mucho Dios les dirá: “Da cuenta de tu mayordomía”. Dice Cristo: “En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis” (Mat. 25:45). “No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio”, y están bajo la obligación de glorificar a Dios con sus recursos, así como en su cuerpo y en su espíritu, que son suyos. “Comprados [sois] por precio”, “no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1 Cor. 6:19, 20; 1 Ped. 1:18, 19). Él pide, en compensación de los dones que nos ha confiado, que ayudemos en la obra de salvar almas. Él dio su sangre y nos pide nuestro dinero. Mediante su pobreza somos hechos ricos, y ¿nos negaremos a devolverle sus propios dones? (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, pp. 420–429).

EL AMOR AL MUNDO

La tentación que le presentó Satanás a nuestro Salvador sobre la altísima montaña es una de las principales atracciones a las cuales la humanidad debe hacer frente. Los reinos del mundo, con su gloria, le fueron ofrecidos a Cristo por Satanás como regalo, a condición de que este le tributara la honra debida a un superior. Nuestro Salvador sintió la fuerza de esa tentación; pero le hizo frente en nuestro favor, y venció. No se lo habría probado en ese punto, si el hombre no hubiera de ser probado por la misma tentación. Al resistir, nos dio un ejemplo de la conducta que debemos seguir cuando Satanás se acerca a nosotros individualmente, para apartarnos de nuestra integridad.

Nadie puede seguir a Cristo, y poner sus afectos en las cosas de este mundo. Juan, en su primera epístola, escribe: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15). Nuestro Redentor, que hizo frente a esta tentación de Satanás en todo su poder, sabe cuánto peligro hay de que el hombre ceda a la tentación de amar al mundo.

Cristo se identificó con la humanidad, soportó esta prueba y venció en favor del hombre. Resguardó con sus advertencias esos mismos aspectos en los cuales Satanás podía tener más

éxito al tentar al hombre. Sabía que Satanás obtendría la victoria sobre el hombre, a menos que este estuviera especialmente en guardia respecto del apetito y del amor a las riquezas y honores mundanales. Dice: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mat. 6:19–21). “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (vers. 24).

Cristo señala aquí a dos señores: Dios y el mundo, y nos revela claramente que resulta simplemente imposible servir a ambos. Si predominan nuestro interés y amor por este mundo, no apreciaremos las cosas que sobre todas las demás son dignas de nuestra atención. El amor al mundo excluirá el amor a Dios, y subordinará nuestros intereses más elevados a las consideraciones mundanales. Dios no ocupará así en nuestros afectos y devociones un lugar tan exaltado como las cosas del mundo.

Nuestras obras revelarán la medida exacta en la cual los tesoros terrenales poseen nuestros afectos. El mayor cuidado, ansiedad y trabajo se dedican a los intereses mundanales, mientras que las consideraciones eternas son secundarias. En esto Satanás recibe del hombre el homenaje que exigió de Cristo, pero que no alcanzó a obtener. Es el amor egoísta del mundo lo que corrompe la fe de los que profesan seguir a Cristo y los hace deficientes en fuerza moral. Cuanto más aman las riquezas terrenales, más se apartan de Dios y menos participan de su naturaleza divina, que les haría sentir las influencias corruptoras del mundo y los peligros a los cuales están expuestos.

Con sus tentaciones, Satanás se propone hacer muy atractivo el mundo. Por medio del amor a las riquezas y los honores mundanales, ejerce un poder hechizador para

conquistar los afectos aun de aquellos que profesan ser cristianos. Muchos hombres que profesan ser cristianos harán cualquier sacrificio para obtener riquezas; y cuanto mayor sea su éxito en ello, menos amor tendrán por la verdad preciosa y menos interés por sus progresos. Pierden su amor por Dios y obran como locos. Cuanto más prosperan en la obtención de riquezas, tanto más pobres se sienten por no tener más, y menos quieren invertir en la causa de Dios.

Las obras de aquellos que tienen un insano amor por las riquezas, demuestran que no les es posible servir a dos señores, a Dios y a Mammón. El dinero es su dios. Tributan homenaje a su poder. En todos sus intentos y propósitos, sirven al mundo. Sacrifican su patrimonio de honor por las ganancias mundanales.

Este poder dominante rige su mente, y ellos violarán la ley de Dios para servir a sus intereses personales, para aumentar su tesoro terrenal.

Son muchos los que tal vez profesan la religión de Cristo, pero no aman ni prestan atención a la letra o los principios de las enseñanzas de Cristo. Dedicán lo mejor de su fuerza a empresas mundanales, y se inclinan ante Mammón. Es alarmante que sean tantos los engañados por Satanás, los que se entusiasman en su imaginación ante las brillantes perspectivas de ganancias mundanales. Los domina la ilusión de alcanzar felicidad perfecta si pueden adquirir honores y riquezas en este mundo. Satanás los tienta con su cohecho seductor: “Todo esto te daré” (Mat. 4:9), todo este poder, toda esta riqueza, con lo cual puedes hacer mucho bien. Pero cuando obtienen el objeto por el cual trabajaron, no están ya relacionados con el abnegado Redentor que los haría participantes de la naturaleza divina. Retienen sus tesoros terrenales y desprecian la abnegación y los sacrificios requeridos por Cristo. No desean separarse de los caros tesoros terrenales a los cuales sus corazones se han aficionado. Han cambiado de señor; han aceptado a Mammón en lugar de Cristo. Mammón es su dios, y a él sirven.

Por el amor a las riquezas, Satanás conquistó la adoración de estas almas engañadas. El cambio se ha hecho tan imperceptiblemente y el poder de Satanás ha sido tan seductor y astuto, que se han conformado al mundo y no notan que se han separado de Cristo, y que no son ya sus siervos sino de nombre.

Satanás obra con los hombres con más cuidado que con Cristo en el desierto de la tentación, porque sabe que allí perdió la batalla. Es un enemigo vencido. No se presenta al hombre directamente para exigirle el homenaje de un culto exterior. Pide simplemente a los hombres que pongan sus afectos en las cosas buenas de este mundo. Si logra ocupar la mente y los afectos, los atractivos celestiales se eclipsan. Todo lo que quiere del hombre es que caiga bajo el poder seductor de sus tentaciones, que ame el mundo, la ostentación y los altos puestos, que ame el dinero y ponga sus afectos en los tesoros terrenales. Si lo logra, obtiene todo lo que pidió de Cristo.

El ejemplo de Cristo nos muestra que nuestra única esperanza de victoria reside en resistir continuamente a los ataques de Satanás. El que triunfó sobre el adversario de las almas en el conflicto de la tentación, comprende el poder de Satanás sobre la especie humana, pues lo venció en nuestro favor. Como vencedor, nos ha dado la ventaja de su victoria, para que en nuestros esfuerzos por resistir las tentaciones de Satanás podamos unir nuestra debilidad a su fuerza, nuestra indignidad a sus méritos. Y si en las fuertes tentaciones somos sostenidos por su poder preva-
leciente, logramos resistir en su nombre todopoderoso y vencer como él venció.

Es por medio de sufrimientos indecibles como nuestro Redentor puso la redención a nuestro alcance. En este mundo no fue honrado ni reconocido, para que por medio de su maravillosa condescendencia y humillación pudiera ensalzar al hombre hasta ponerlo en situación de recibir honores celestiales y goces imperecederos en las cortes del

Rey. ¿Murmurará el hombre caído porque el Cielo puede obtenerse únicamente mediante lucha, humillación, trabajo y esfuerzo?

Más de un corazón orgulloso pregunta: ¿Por qué necesito humillarme y arrepentirme antes de poder tener la seguridad de que Dios me acepta y alcanzar la recompensa inmortal? ¿Por qué no es más fácil, placentera y atrayente la senda del Cielo? Remitimos a todos los que dudan y murmuran al que fue nuestro gran Ejemplo mientras sufría bajo las cargas de la culpabilidad humana y soportaba las más agudas torturas del hambre. En él no había pecado. Aun más; era el Príncipe del Cielo; pero se hizo pecado por toda la especie humana. “Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isa. 53:5).

Cristo lo sacrificó todo por el hombre, a fin de permitirle ganar el Cielo. Ahora le incumbe al hombre caído demostrar que a su vez está dispuesto a sacrificarse por amor de Cristo, a fin de obtener la gloria inmortal. Los que tienen un sentido justo de la magnitud de la salvación y de su costo, no murmurarán nunca porque deben sembrar con lágrimas y porque los conflictos y la abnegación sean la suerte del cristiano en esta vida. Las condiciones de la salvación del hombre han sido ordenadas por Dios. La humillación y el llevar la cruz son provistos para que el pecador arrepentido halle consuelo y paz. El pensamiento de que Cristo se sometió a una humillación y a un sacrificio que el hombre nunca será llamado a soportar, debiera acallar toda voz murmuradora. El hombre obtiene el gozo más dulce por su sincero arrepentimiento ante Dios por la transgresión de su Ley, y por la fe en Cristo como Redentor y Abogado del pecador.

Los hombres trabajan a gran costo para obtener los tesoros de esta vida. Sufren trabajos, penurias y privaciones para obtener alguna ventaja mundanal. ¿Por qué debiera estar menos dispuesto el pecador a sufrir y a sacrificarse

a fin de obtener un tesoro imperecedero, una vida que se compara con la de Dios, una corona inmarcesible de gloria inmortal? Debemos obtener a cualquier costo los infinitos tesoros del Cielo, la herencia cuyo valor sobrepaja todo cálculo, y que constituye un eterno peso de gloria. No debemos murmurar contra la abnegación, porque el Señor de vida y gloria la practicó antes que nosotros. No debemos evitar los sufrimientos y las privaciones, pues la Majestad del Cielo los aceptó en favor de los pecadores. El sacrificio de las comodidades y las conveniencias no debe provocar en nosotros un pensamiento de protesta, porque el Redentor del Cielo aceptó todo aquello en nuestro favor. Aun sumando en su mayor valor todas nuestras abnegaciones, privaciones y sacrificios, nos cuesta mucho menos, en todo respecto, de lo que le costó al Príncipe de la vida. Cualquier sacrificio que hagamos, parecerá insignificante cuando lo comparemos con el que hizo Cristo en favor de nosotros (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, pp. 524–528).

EL PECADO DE LA CODICIA

Querido hermano P:

Haré un esfuerzo más para amonestarlo a que se esfuerce para ganar el Reino. Se le ha dado amonestación tras amonestación, a las que usted no ha prestado atención. Pero, oh, si usted aun ahora quisiera arrepentirse de su conducta pasada equivocada y volverse al Señor, podría no ser demasiado tarde para corregir los errores. Todas las facultades de su mente han sido dedicadas a conseguir dinero. Usted ha adorado el dinero. Ha sido su dios. La vara de corrección de Dios pende sobre usted. Sus juicios pueden sorprenderlo en cualquier momento y usted ir a la tumba sin estar listo, con sus vestiduras sucias y manchadas con la corrupción del mundo. ¿Cuál es su registro en el Cielo? Cada dólar que usted ha acumulado ha sido como un eslabón extra en la cadena que lo sujeta a este pobre mundo. Su pasión por hacer ganancias se ha ido fortaleciendo continuamente. Su gran preocupación ha sido cómo podría obtener más recursos. Usted ha tenido una experiencia terrible, que debería ser una advertencia para aquellos que permiten que el amor al mundo tome posesión de sus almas. Usted ha llegado a ser un esclavo de las riquezas. ¿Qué dirá cuando el Maestro le pida cuenta de su mayordomía? Usted ha permiti-

do que el afán por conseguir dinero llegue a ser la pasión dominante de su vida. Está tan intoxicado con el amor al dinero como el ebrio lo está con su licor.

Jesús ha intercedido para que el árbol infructífero pueda ser preservado un poco más de tiempo y yo le ruego una vez más que realice no un esfuerzo débil, sino uno muy intenso, para alcanzar el Reino. Líbrese de la trampa de Satanás antes que la palabra “es dado a ídolos; déjalo” (Ose. 4:17) sea dicha con respecto a usted en el Cielo. Todos los amantes del dinero, como usted, un día clamarán con amarga angustia: “¡Oh, el engaño de las riquezas! He vendido mi alma por dinero”. Su única esperanza ahora es no dar ningún paso equivocado, sino hacer un vuelco completo al respecto. Llame resueltamente en su ayuda a la fuerza de voluntad que usted por tanto tiempo ha ejercido en la dirección equivocada, y ahora trabaje en la dirección opuesta. Esta es la única manera para que usted venza la codicia.

Dios ha abierto caminos por los cuales la codicia puede ser vencida: realizando actos de benevolencia. Por su vida usted está diciendo que estima los tesoros del mundo más altamente que las riquezas inmortales. Usted está diciendo: “Adiós, Cielo; adiós, vida inmortal; he elegido este mundo”. Usted está canjeando la perla de gran precio por ganancias presentes. Mientras Dios así lo amonesta, mientras en su providencia él ya ha colocado sus pies en el río oscuro, por decirlo así, ¿se atreverá usted a cultivar su propensión a amar el dinero? ¿Se extralimitará, como el acto último de una vida malgastada, y retendrá aquello que con justicia es de otro? ¿Razonará creyendo que está haciendo justicia a su hermano? ¿Añadirá otro acto de intriga y engaño a los ya escritos contra usted en los registros de arriba? ¿Caerá sobre usted el golpe del juicio retributivo de Dios y será llamado, sin advertencia, a cruzar las aguas oscuras? [...]

Dios ha hecho una ley para su pueblo indicando que una décima parte de todas las ganancias serán de él. Yo les he dado, dice Dios, nueve décimas partes; pido una décima

parte de todas las ganancias. El hombre rico ha retenido esa décima parte que pertenece a Dios. Si él no hubiera hecho esto, si hubiera amado a Dios supremamente en vez de amarse y servirse a sí mismo, no habría acumulado tan grandes tesoros hasta el punto de que no hubiera espacio para colocarlos. Si él hubiese otorgado sus bienes a sus hermanos pobres para suplir sus necesidades, no habría habido necesidad de derribar los graneros y construirlos más grandes. Pero él ha hecho caso omiso de los principios de la Ley de Dios. No ha amado al Señor con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo. Si él hubiera usado su riqueza como un regalo que Dios le había prestado y con el cual hacer bien a otros, habría depositado tesoros en el Cielo y sido rico en buenas obras.

La extensión y la utilidad de la vida no consisten en la cantidad de nuestras posesiones terrenales. Aquellos que usan su riqueza en hacer bien no verán la necesidad de acumular muchos bienes en este mundo; porque el tesoro que se usa para hacer avanzar la causa de Dios y que es dado a los necesitados en el nombre de Cristo, es dado a Cristo, y él lo deposita por nosotros en el banco del Cielo en alforjas que no envejecen. El que hace esto es rico para con Dios, y su corazón estará donde sus tesoros estén seguros. El que usa humildemente lo que Dios le ha dado para el honor del Dador, ofrendando generosamente como él ha recibido, en todos sus negocios puede sentir paz y la certeza de que la mano de Dios está sobre él para bien, y él mismo llevará el sello de Dios, teniendo la sonrisa del Padre.

Muchos han sentido compasión por la suerte del Israel de Dios, que se sentía constreñido a dar sistemáticamente, además de dar ofrendas anuales liberales. Un Dios omnisciente sabía mejor qué sistema de benevolencia estaría en armonía con su providencia, y le dio a su pueblo instrucciones al respecto. Siempre se ha demostrado que para ellos nueve décimas partes valen más que diez décimas. Aquellos que han pensado aumentar sus ganancias reteniendo lo que

es de Dios, o trayéndole una ofrenda inferior –el animal cojo, ciego o enfermo–, con toda seguridad sufren pérdidas.

La Providencia, aunque invisible, siempre interviene en los asuntos de los hombres. La mano de Dios puede prosperar o retener, y él frecuentemente le retiene a uno mientras parece prosperar a otro. Todo esto es para probar a los hombres y revelar lo que hay en el corazón. Permite que la desgracia sorprenda a un hermano mientras que prospera a otros para ver si aquellos a quienes él favorece tienen delante de sus ojos el temor de Dios y cumplen el deber que se les ha ordenado en su Palabra de amar a su prójimo como a ellos mismos y de ayudar a sus hermanos más pobres sobre la base del amor de hacer el bien. Los actos de generosidad y benevolencia fueron concebidos por Dios para mantener tiernos y llenos de compasión los corazones de los hijos de los hombres, y para estimular en ellos un interés y afecto mutuo en imitación del Maestro, quien por nuestra causa se hizo pobre, para que a través de su pobreza nosotros fuéramos enriquecidos. La ley del diezmo fue fundada sobre un principio permanente y fue ideada para ser una bendición para el hombre. [...]

Hermano P, el deseo de riquezas ha sido la idea central de su mente. Esta pasión por conseguir dinero ha embotado todo motivo elevado y noble, y lo ha vuelto indiferente a las necesidades e intereses de otros. Usted se ha hecho casi tan insensible como un pedazo de hierro. Su oro y su plata se han corrompido, y han llegado a ser una úlcera devoradora para el alma. Si su benevolencia creciera con sus riquezas, usted habría considerado el dinero como un medio por el cual podría hacer el bien. Nuestro Redentor, que conocía el peligro del hombre respecto a la codicia, ha provisto una salvaguardia contra este terrible mal. Ha dispuesto el plan de salvación de tal modo que comience y termine con benevolencia. Cristo se ofreció a sí mismo, un sacrificio infinito. Esto, en sí y por sí, va directamente en contra de la codicia y exalta la benevolencia.

La benevolencia constante y abnegada es el remedio de Dios para los pecados ulcerosos del egoísmo y la codicia. Dios ha dispuesto que la benevolencia sistemática sostenga su causa y alivie las necesidades de los sufrientes y menesterosos. Ha ordenado que la dadivosidad se convierta en un hábito que puede contrarrestar el pecado peligroso y engañoso de la codicia. Dar continuamente da muerte a la codicia. La benevolencia sistemática está concebida en el plan de Dios para arrancarle los tesoros al codicioso tan pronto como son ganados y consagrarlos al Señor, a quien le pertenecen.

Este sistema está dispuesto de tal manera que los hombres pueden dar algo de su salario cada día y poner aparte para su Señor una porción de las ganancias de cada inversión. La práctica constante del plan de Dios de la benevolencia sistemática debilita la codicia y fortalece la benevolencia. Si las riquezas aumentan, los hombres, aun los que profesan piedad, colocan sus corazones en ellas; y cuanto más tienen, menos dan a la tesorería del Señor. Así las riquezas hacen egoístas a los hombres y su acumulación alimenta la codicia; y estos males se fortalecen mediante el ejercicio activo. Dios conoce nuestro peligro y nos ha protegido contra él con medios que previenen nuestra propia ruina. Se requiere el ejercicio constante de la benevolencia, para que la fuerza del hábito en las buenas obras pueda quebrar la fuerza del hábito en una dirección opuesta. [...]

Hermano P, ¿qué provisión ha hecho para la vida eterna? ¿Tiene usted un buen fundamento para hacer frente al tiempo venidero, que le asegurará los goces de la vida eterna? ¡Oh, quiera Dios despertarlo! Ojalá, mi querido hermano, que usted comience ahora, precisamente ahora, a trabajar fervientemente para colocar algunas de sus ganancias y riquezas en la tesorería de Dios. Ni un dólar de ellas es suyo. Todo es de Dios, y usted ha reclamado como suyo lo que Dios le ha prestado para que lo dedique a las buenas obras. Su tiempo es muy breve. Trabaje con

todas sus fuerzas. Mediante el arrepentimiento usted puede ahora encontrar perdón. Usted debe renunciar a su interés en las posesiones terrenales y cifrar sus afectos en Dios. Debe ser un hombre convertido. Luche desesperadamente con Dios. No se conforme con perecer para siempre, sino haga un esfuerzo para conseguir la salvación antes que sea eternamente demasiado tarde.

No es ahora demasiado tarde para corregir los errores. Muestre su arrepentimiento por los errores pasados redimiendo el tiempo. Donde usted ha perjudicado a alguien, haga una restitución cuando el asunto acude a su mente. Esta es su única esperanza de recibir el amor perdonador de Dios. Será como sacarse el ojo derecho o cortarse el brazo derecho, pero no hay otro camino para usted. Usted ha hecho esfuerzos repetidamente, pero ha fracasado porque ha amado el dinero, parte del cual no ha sido ganado muy honestamente. No trató de redimir el pasado mediante la restitución. Cuando comience a hacer esto, habrá esperanza para usted. Si durante los pocos días que le restan de su vida usted decide continuar como hasta ahora, su caso será sin esperanza; perderá ambos mundos; verá a los santos de Dios glorificados en la ciudad celestial y usted echado fuera; no tendrá parte en esa vida preciosa que fue comprada para usted a un costo infinito, pero que usted valoró tan poco hasta el punto de venderla por riquezas terrenales.

Ahora le queda poco tiempo. ¿Trabjará? ¿Se arrepentirá? ¿O morirá completamente sin preparación, adorando el dinero, glorificando sus riquezas, y olvidando a Dios y el Cielo? Ninguna lucha débil o esfuerzos vacilantes cortarían sus afectos por el mundo. Jesús lo ayudará. En cada esfuerzo ferviente que usted haga, él estará cerca de usted y bendecirá sus intentos. Debe hacer esfuerzos fervientes o se perderá. Lo amonesto a que no demore un momento, sino que comience precisamente ahora. Usted ha deshonrado por mucho tiempo el nombre de cristiano con su codicia y sus tratos mezquinos. Ahora puede honrarlo trabajando

en una dirección opuesta y permitiendo que todos vean que hay poder en la verdad de Dios para transformar la naturaleza humana. Usted, en la fuerza de Dios, puede salvar su alma si lo quiere. [...]

Hermano P, quiera Dios ayudarlo antes que sea demasiado tarde (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, pp. 597–604).

PERTENECE A DIOS

El Señor ha dado a su pueblo un mensaje para este tiempo. Está en el tercer capítulo de Malaquías. ¿Cómo podría el Señor presentar sus requerimientos de una manera más clara y enérgica que en ese capítulo?

Todos deben recordar que lo que Dios exige de nosotros supera a cualquier otro derecho. Él nos da abundantemente, y el contrato que él ha hecho con el hombre es que una décima parte de las posesiones de este sea devuelta a Dios. Él confía misericordiosamente sus tesoros a sus mayordomos, pero dice del diezmo: Es mío. En la proporción en que Dios ha dado su propiedad al hombre, el hombre debe devolverle un diezmo fiel de toda lo que gana. Este arreglo preciso lo hizo Jesucristo mismo.

Esta obra entraña resultados solemnes y eternos, y es demasiado sagrada para ser dejada al impulso humano. No debemos sentirnos libres para tratar este asunto según nuestro propio capricho. En respuesta a los requerimientos de Dios, deben apartarse reservas regulares como sagradas para su obra.

Las primicias – Además del diezmo, el Señor exige las primicias de todas nuestras ganancias. Se las ha reservado a fin de que su obra en la tierra pueda ser sostenida ampliamente.

Los siervos del Señor no han de verse limitados a una mísera porción. Sus mensajeros no deben verse restringidos en su obra de presentar la palabra de vida. A medida que enseñan la verdad, deben tener recursos que invertir en el adelantamiento de la obra; algo que debe hacerse a su debido tiempo para ejercer influencia mejor y más poderosa para salvar. Deben realizarse acciones de misericordia; debe ayudarse a los pobres y dolientes. Deben asignarse donativos y ofrendas para este propósito. Esto debe hacerse especialmente en los campos nuevos, donde nunca se ha enarbolado el estandarte de la verdad. Si todos los que profesan ser hijos de Dios, tanto ancianos como jóvenes, cumpliesen su deber, no habría escasez en la tesorería. Si todos pagasen fielmente el diezmo y dedicasen a Dios las primicias de sus ganancias, habría abundante provisión de recursos para la obra. Pero la ley de Dios no es respetada ni obedecida, y esto ha ocasionado una necesidad apremiante.

Recordemos a los pobres – Todo despilfarro debe ser suprimido de nuestra vida; porque el tiempo que tenemos para trabajar es corto. En derredor nuestro, vemos necesidades y padecimientos. Hay familias que necesitan alimentos, pequeñuelos que lloran por pan. Las casas de los pobres carecen de los debidos muebles y ropa de cama. Muchos de ellos viven en tugurios, casi completamente privados de las cosas necesarias. El clamor de los pobres llega al Cielo. Dios ve y oye. Pero muchos se glorifican a sí mismos. Mientras que sus semejantes pasan hambre y miseria, gastan mucho en sus mesas y comen más de lo necesario. ¡Qué cuenta tendrán que dar pronto los hombres por el uso egoísta del dinero de Dios! Los que desprecian las medidas que Dios dispuso para los pobres, encontrarán que no solo robaron a sus semejantes, sino también a Dios y malversaron sus bienes.

Todo pertenece a Dios – Todo el bien que el hombre goza proviene de la misericordia de Dios. Él es el grande y bondadoso Dador. Su amor se manifiesta a todos en la

abundante provisión hecha para el hombre. Nos ha dado un tiempo de gracia en que formar un carácter para las cortes celestiales. Y si nos pide que reservemos una parte de nuestras posesiones para él, no es porque necesite algo.

El Señor dispuso que todo árbol del Edén fuera agradable para los ojos y bueno como alimento, e invitó a Adán y a Eva a disfrutar libremente de sus bondades. Pero hizo una excepción: no debían comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Dios se reservó ese árbol como recuerdo constante de que era dueño de todo. Así les dio oportunidad de demostrar su fe y confianza obedeciendo perfectamente sus requerimientos.

Así también sucede con las exigencias de Dios hacia nosotros. Pone sus tesoros en las manos de los hombres, pero requiere que una décima parte sea puesta fielmente a un lado para su obra. Requiere que esta porción sea entregada a su tesorería. Ha de serle devuelta como propiedad suya; es sagrada y debe emplearse para fines sagrados, para el sostén de los que han de proclamar el mensaje de salvación en todas partes del mundo. Se reserva esta porción a fin de que siempre afluayan recursos a su tesorería y se pueda comunicar la luz de la verdad a los que están cerca y a los que están lejos. Obedeciendo fielmente este requerimiento, reconocemos que todo lo que tenemos pertenece a Dios.

¿No tiene el Señor derecho a exigir esto de nosotros? ¿No dio acaso a su Hijo unigénito porque nos amaba y deseaba salvarnos de la muerte? ¿Y no habrán de afluir a su tesorería nuestras ofrendas de agradecimiento, para promover su reino en la tierra? Puesto que Dios es el dueño de todos nuestros bienes, ¿no habrá de impulsarnos la gratitud a él a presentarle ofrendas voluntarias y de agradecimiento, en prueba de que lo reconocemos dueño de nuestra alma, cuerpo, espíritu y propiedad? Si se hubiese seguido el plan de Dios, estarían ahora afluyendo recursos a su tesorería; abundarían los fondos que permitirían a los predicadores entrar en nuevos campos, y podrían unirse obreros a los

predicadores para enarbolar el estandarte de la verdad en los lugares oscuros de la tierra.

Sin excusa – Es un plan trazado por el Cielo que los hombres devuelvan al Señor lo que le pertenece; y esto se presenta tan claramente que los hombres y las mujeres no tienen excusa por no comprender ni cumplir los deberes y responsabilidades que Dios les ha impuesto. Los que aseveran que no pueden ver que tal es su deber, revelan al universo celestial, a la iglesia y al mundo, que no quieren aceptar este requerimiento tan claramente presentado. Piensan que si practicasen el plan del Señor, se privarían de sus propios bienes. En la codicia de sus almas egoístas, desean tener todo el monto, tanto el capital como el interés y usarlo para su propio beneficio.

Dios pone su mano sobre todas las posesiones del hombre diciendo: Yo soy el dueño del universo, y estos bienes son míos. El diezmo que han retenido lo reservaba para sostener a mis siervos en su obra de explicar las Escrituras a los que moran en regiones oscuras y no conocen mi Ley. Al usar mi fondo de reserva para satisfacer sus propios deseos, han privado su alma de la luz que yo había provisto para ellas. Han tenido oportunidad de manifestarme su lealtad, pero no lo han hecho. Me han robado; han hurtado mi fondo de reserva. “Malditos sois con maldición” (Mal. 3:9). [...]

Los que se quejan – “Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti? Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos? Decimos, pues, ahora: Bienaventurados los soberbios, y los que hacen impiedad no solo son los prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon” (Mal. 3:13–15). Así se quejan los que retienen lo que pertenece a Dios. El Señor les dice que lo prueben trayendo sus diezmos al alfolí, para ver si no derramará sobre ellos bendición. Pero albergan la rebelión

en su corazón y se quejan de Dios; al mismo tiempo que le roban y disipan sus bienes. Cuando su pecado les es presentado, dicen: He tenido adversidades; mis cosechas han sido pocas; pero los malos prosperan. No vale la pena guardar el mandato del Señor.

Dios no quiere que nadie ande lamentándose delante de él. Los que así se quejan de Dios han atraído la adversidad sobre sí mismos. Robaron a Dios, y su causa se vio estorbada porque el dinero que debería haber afluído a su tesorería se dedicó a fines egoístas. Fueron desleales a Dios al no seguir el plan prescrito por él. Cuando Dios los prosperó y les pidió que le diesen su porción, sacudieron la cabeza y no reconocieron que era su deber hacerlo. Cerraron los ojos de su entendimiento a fin de no ver. Retuvieron el dinero del Señor, y trabaron la obra que él quería que se hiciese. Dios no fue honrado por el uso dado a los bienes que él había confiado. Por lo tanto, dejó caer la maldición sobre ellos, permitiendo que el devorador destruyese sus frutos y trajese calamidad sobre ellos.

Los que temen a Jehová – En Malaquías 3:16 se presenta una clase de personas diferentes, una clase que se reunía, no para criticar a Dios, sino para hablar de su gloria y de sus misericordias. Habían sido fieles a su deber. Habían dado lo suyo al Señor. Daban testimonios que hacían cantar y regocijar a los ángeles celestiales. No tenían quejas contra Dios. A los que andan en la luz y son fieles y leales en el cumplimiento de su deber, no se les oye quejarse ni emitir críticas. Pronuncian palabras de valor, esperanza y fe. Son los que se sirven a sí mismos, los que no dan a Dios lo suyo, los que se quejan.

“Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día que yo actúe, y los perdonaré como el hombre que perdona a

su hijo que le sirve. Entonces os volveréis y discerniréis de ver la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Mal. 3:16–18).

La recompensa de la generosidad expresada con toda el alma consiste en que la mente y el corazón son puestos en comunión más íntima con el Espíritu.

El hombre que sufrió desgracias y se endeudó, no debe tomar la parte del Señor para cancelar sus deudas con sus semejantes. Debe considerar que se lo está probando en este asunto y que al usar para sí la parte del Señor, roba al Dador. Es deudor a Dios por todo lo que tiene, pero llega a ser doblemente deudor cuando emplea el fondo del Señor para pagar lo que les debe a seres humanos. Frente a su nombre se escriben en los libros del Cielo las palabras: “Infidelidad a Dios”. Tiene que arreglar una cuenta con Dios por haberse apropiado los recursos del Señor para su propia conveniencia. Y en su manejo de otros asuntos manifestará la misma falta de principios que reveló al apropiarse indebidamente de los recursos de Dios. Ello se verá en todo lo relacionado con sus propios negocios. El hombre que roba a Dios cultiva rasgos de carácter que le impedirán ser admitido en la familia de Dios en el Cielo.

Un empleo egoísta de las riquezas demuestra que uno es infiel a Dios e incapacita al administrador de los recursos para el cometido superior del Cielo.

Hay por doquiera canales por los que podría fluir la benevolencia. Se producen constantemente necesidades, hay misiones que se ven estorbadas por falta de recursos. Deberán ser abandonadas a menos que los hijos de Dios se despierten y comprendan el verdadero estado de cosas. No esperen hasta el momento de la muerte para hacer su testamento, porque deben disponer de sus recursos mientras vivan (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, pp. 384–391).

RECURSOS PARA LA MISIÓN

Siento una gran preocupación acerca de los campos misioneros necesitados. En las misiones cercanas hay una obra que debe hacerse agresivamente; y existe una gran necesidad de recursos financieros para promover la obra en los campos misioneros. Nuestras misiones en el extranjero están languideciendo. No estamos sosteniendo a los misioneros en la forma en que Dios requiere. Los obreros están incapacitados para entrar en nuevos campos porque carecen de los fondos necesarios.

Existen a nuestro alrededor almas que perecen en sus pecados. Miles y miles de personas mueren anualmente sin Dios y sin esperanza de vida eterna. Las plagas y los juicios de Dios están realizando su obra, y hay almas que perecerán porque nadie ha iluminado su camino con la luz de la verdad. Sin embargo, ¡cuán poco se preocupan por la condición de sus semejantes! El mundo está pereciendo en medio de su aflicción. Pero esto escasamente conmueve aun a los que afirman creer la verdad más importante y extensa que los mortales hayan recibido. Dios requiere que su pueblo sea su mano ayudadora para alcanzar a los que perecen, pero muchos se conforman con no hacer nada. Falta ese amor que indujo a Cristo a dejar su hogar celestial y asumir la naturaleza humana, para que

la humanidad pudiera tocar a la humanidad y conducir la humanidad hacia la divinidad. Existe un estupor y una parálisis que han sobrecogido al pueblo de Dios y le impiden comprender lo que se necesita para este tiempo.

El pueblo de Dios está siendo observado por el universo celestial; pero la escasez de sus donativos y ofrendas, y la debilidad de sus esfuerzos en el servicio divino los delatan como infieles. Si lo poco que ahora se logra fuera lo mejor que ellos pueden hacer, no estarían bajo condenación; pero ellos podrían hacer mucho mejor con sus recursos. Ellos saben, y también el mundo lo sabe, que han perdido en gran medida el espíritu de abnegación que induce a cada uno a llevar su cruz. [...]

Insto a mis hermanos en todas partes a que despierten, que se consagren a Dios, y que busquen sabiduría de parte de él. Insto a los dirigentes de nuestras Asociaciones a que trabajen resueltamente en nuestras iglesias. Despierten a los miembros a la necesidad de contribuir financieramente para satisfacer las necesidades de nuestras misiones en el extranjero. A menos que el corazón de ustedes se conmueva en vista de la situación aflictiva de los campos extranjeros, se restringirá la predicación del último mensaje de misericordia para el mundo, y la obra que Dios desea que se haga quedará inconclusa. [...]

Las personas que están verdaderamente convertidas son llamadas a realizar una obra que requiere dinero y consagración. La obligación que nos compele a incluir nuestros nombres en los libros de la iglesia, y eso nos compromete a trabajar para Dios al nivel de nuestra máxima habilidad. Él exige un servicio total, y la completa devoción del corazón, el alma, la mente y las fuerzas. Cristo nos ha traído a la iglesia para comprometer y usar todas nuestras facultades en un servicio consagrado para la salvación de la gente. Cualquier cosa que no esté a la altura de esto, significa oposición a la obra. Existen solamente dos lugares en el mundo donde podamos depositar nuestro tesoro: en la tesorería de Dios,

o en la de Satanás; y todo lo que no se dedica al servicio de Cristo se considera que se ha colocado en el lado de Satanás y fortalecerá su causa.

El Señor ha dispuesto que los recursos confiados a nosotros debemos usarlos en la edificación de su Reino. Ha entregado sus bienes a sus mayordomos para que negocien hábilmente con ellos y le traigan los ingresos en función de personas salvadas para la vida eterna. Esas personas, a su turno, se convertirán en mayordomos de la verdad, para cooperar con la gran firma en los intereses del Reino de Dios.

Donde hay vida se produce aumento y crecimiento; en el Reino de Dios existe un intercambio constante: tomar y dar; recibir y entregar al Señor lo que es suyo. Dios trabaja con cada creyente auténtico, y la luz y la bendición recibidas se dan nuevamente en la obra realizada por el creyente. Así es como aumenta la capacidad de recibir. A medida que se comparten los dones celestiales, se hace lugar para que nuevas corrientes de gracia fluyan hacia el alma desde la Fuente viva. Así se obtienen mayor luz, aumento del conocimiento y bendiciones. En esta obra, que incumbe a cada miembro de iglesia, yace la vida y el crecimiento de toda iglesia. La persona cuya vida consiste en recibir constantemente sin nunca dar, no tarda en perder la bendición. Si la verdad no fluye de su persona hacia otros, perderá la capacidad de recibir. Debemos compartir los beneficios recibidos del Cielo si deseamos recibir renovadas bendiciones.

Esto es igualmente verdadero tanto en las cosas temporales como en las espirituales. El Señor no desciende a este mundo trayendo oro y plata para promover su obra. En cambio, provee recursos a la gente para que mediante sus donativos y ofrendas contribuyan a que su obra continúe avanzando. El propósito que sobrepasa a todos los demás para el cual debieran usarse los recursos que Dios da, es el sostenimiento de los obreros que trabajan en el gran campo donde está la cosecha de almas. Y si los hombres

y las mujeres se convierten en canales de bendición para otras almas, el Señor mantendrá los canales provistos. Lo que empobrece a la gente no es la devolución de lo que pertenece a Dios, sino su retención es lo que la empobrece.

La obra de compartir lo que uno ha recibido convertirá a cada miembro de iglesia en un colaborador de Dios. No podemos hacer nada por cuenta propia, pero Cristo es el obrero principal. Toda persona tiene el privilegio de trabajar juntamente con él. [...]

Un raudal de luz brota de la Palabra de Dios y debemos despertarnos para reconocer las oportunidades descuidadas. Cuando todos sean fieles en lo que respecta a devolver a Dios lo suyo en diezmos y ofrendas, se abrirá el camino para que el mundo oiga el mensaje para este tiempo. Si el corazón de los hijos de Dios rebosara de amor por Cristo; si cada miembro de la iglesia estuviera totalmente dominado por un espíritu de abnegación; si todos manifestasen profundo fervor, no faltarían fondos para las misiones. Nuestros recursos se multiplicarían, y se nos ofrecerían mil oportunidades de ser útiles. Si el propósito de Dios de dar al mundo el mensaje de misericordia hubiese sido llevado a cabo por su pueblo, Cristo habría venido ya a la Tierra, y los santos habrían recibido su bienvenida en la ciudad de Dios.

Si hubo alguna vez un tiempo en que debían hacerse sacrificios, es ahora. Los que tienen dinero deben comprender que ahora es el momento de emplearlo para Dios. No se absorban recursos en multiplicar las facilidades donde la obra ya está establecida. No se añada edificio a edificio, donde se han concentrado ya muchos establecimientos. Empléense los recursos para fundar centros en nuevos campos. Así podrán ganar almas que desempeñarán su parte en producir otros miembros.

Piensen en nuestras misiones en los campos extranjeros. Algunas de ellas están luchando para establecerse; se ven privadas hasta de las comodidades más escasas. En vez

de aumentar las comodidades ya abundantes, edificado la obra en esos campos necesitados. Vez tras vez el Señor ha hablado al respecto. Su bendición no puede acompañar a su pueblo si desprecia sus instrucciones.

Practiquen la economía en su hogar. Muchos están albergando y adorando ídolos. Aparten sus ídolos. Renuncien a sus placeres egoístas. Les ruego que no absorban recursos en el embellecimiento de sus casas; porque es el dinero de Dios, y pedirá que se lo devuelvan. Padres, por amor de Cristo, no empleen el dinero del Señor para satisfacer las fantasías de sus hijos. No les enseñen a seguir la moda ni a practicar ostentación para ganar influencia en el mundo. ¿Podría esto inclinarlos a salvar las almas por las que Cristo murió? No; solo crearía envidias, celos y malas suposiciones. Sus hijos se verían inducidos a competir con la ostentación y extravagancia del mundo, y a gastar el dinero del Señor en lo que no es esencial para la salud o la felicidad.

No enseñen a sus hijos a pensar que el amor de ustedes hacia ellos debe expresarse satisfaciendo su orgullo, prodigalidad y amor a la ostentación. No es ahora el momento de inventar maneras de consumir el dinero. Dediquen sus facultades inventivas a tratar de economizarlo. En vez de satisfacer la inclinación egoísta gastando dinero en cosas que destruyen las facultades del raciocinio, procuren cuidadosamente practicar la abnegación para tener algo que invertir en la tarea de enarbolar el estandarte de la verdad en los campos nuevos. El intelecto es un talento; úsenlo para estudiar cómo emplear mejor sus recursos para la salvación de la gente.

Enseñen a sus hijos que Dios tiene sobre todo lo que poseen un derecho que nada puede abolir jamás; cualquier cosa que ellos tengan, él se las ha confiado en custodia, para probar su obediencia. Inspírenles la ambición de ganar estrellas para su corona haciendo pasar muchas almas del pecado a la justicia.

El dinero es un tesoro necesario; no debe gastarse pródigamente para beneficio de quienes no lo necesitan. Algunos necesitan los donativos voluntarios de ustedes. Con demasiada frecuencia, los que tienen recursos dejan de considerar cuántos hay en el mundo que tienen hambre y padecen por falta de alimento. Tal vez digan: “No puedo alimentarlos a todos”. Pero si practicamos las lecciones de economía que nos dejó Cristo, podremos alimentar por lo menos a uno. Puede ser que puedan alimentar a muchos que tienen hambre del alimento temporal; y pueden alimentar sus almas con el pan de vida. “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada” (Juan 6:12). Estas palabras las pronunció Aquel que tenía todos los recursos del universo a su disposición; aun cuando su poder de hacer milagros proporcionó alimento a millares, no desdeñó enseñar una lección de economía.

Practiquen la economía en el empleo de su tiempo. Pertenecen al Señor. Su fuerza es del Señor. Si tienen costumbres de despilfarro, suprímanlas de su vida. Si conservan estos hábitos, ocasionarán la bancarrota para la eternidad, mientras que los hábitos de economía, laboriosidad y sobriedad son, aun en este mundo, una porción mejor para ustedes y sus hijos que una dote cuantiosa.

Somos viajeros, peregrinos y advenedizos en la Tierra. No gastemos nuestros recursos para satisfacer deseos que Dios nos ordena reprimir. Demos, más bien, el debido ejemplo a los que tratan con nosotros. Representemos adecuadamente nuestra fe restringiendo nuestros deseos. Levántense las iglesias como un solo hombre, y trabajen fervientemente como quienes andan en la plena luz de la verdad para estos últimos tiempos. Que la influencia de ustedes impresione a la gente para hacerle comprender el carácter sagrado de los requerimientos de Dios.

Si en la providencia de Dios han recibido riquezas, no se acomoden a este mundo pensando que no necesitan dedicarse a un trabajo útil, que tienen bastante y que pue-

den comer, beber y alegrarse. No permanezcan ociosos mientras otros luchan para obtener recursos para su causa. Inviertan sus recursos en la obra del Señor. Si hacen menos de lo que deben para ayudar a los que perecen, recuerden que, al ser indolentes, se hacen culpables.

Dios es quien da a los hombres el poder de conseguir riquezas, y él otorga esta capacidad, no como medio de complacer al yo, sino como un medio de devolver a Dios lo suyo. Con este objeto, no es pecado adquirir recursos. El dinero debe ganarse por el trabajo. Todo joven debe cultivar costumbres de laboriosidad. La Biblia no condena a nadie por ser rico, si adquirió sus riquezas honradamente. Es el amor egoísta al dinero mal empleado lo que constituye la raíz de todo mal. La riqueza resultará una bendición si la consideramos como del Señor, para recibirla con agradecimiento y devolverla con igual agradecimiento al Dador.

¿Pero qué valor tiene la riqueza incalculable, si se acumula en costosas mansiones o en títulos bancarios? ¿Qué importancia tienen estas cosas en comparación con un alma por la cual murió el Hijo del Dios infinito?

A los que han amontonado riquezas para los últimos días, el Señor declara: “Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego” (Sant. 5:2, 3) (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, pp. 444–451).

LA ABNEGACIÓN

Las leyes del Reino de Cristo son sencillas, y sin embargo tan completas que cualquier adición humana no hará sino crear confusión. Y mientras más sencillos sean nuestros planes de trabajo al servicio de Dios, tanto mayores serán nuestras realizaciones. La adopción de planes mundanos en la obra de Dios es una invitación al desastre y la derrota. La sencillez y la humildad caracterizarán cada esfuerzo efectivo que se haga para el progreso de su Reino.

Para que el Evangelio pueda llegar a toda nación, tribu, lengua y pueblo, se necesita practicar el principio de la abnegación. Los que ocupan posiciones de confianza deben actuar como mayordomos fieles en todas las cosas, protegiendo concienzudamente los fondos creados por el pueblo. Se debe ejercer cuidado para prevenir cualquier gasto innecesario. Al levantar edificios y proveer diversas instalaciones para la obra, debemos cuidar de no hacer planes demasiado elaborados que consuman dinero innecesariamente; porque en cada caso esto significa una incapacidad de proveer medios para la extensión de la Obra en otros Campos, especialmente en tierras extranjeras. No se deben retirar fondos de la tesorería para establecer instituciones en el territorio nacional, a

riesgo de debilitar el progreso de la verdad en las regiones extranjeras.

El dinero de Dios no se debe utilizar solamente en nuestros territorios, sino también en países distantes, y en las islas de los mares. Si el pueblo de Dios no realiza esta labor, con toda seguridad él le quitará el poder que no utiliza adecuadamente.

Hay muchos creyentes que tienen escasamente alimentos para sostenerse, y que a pesar de su abyecta pobreza traen diezmos y ofrendas a la tesorería del Señor. Muchos que saben lo que es sostener la causa de Dios en circunstancias difíciles y angustiosas, han invertido medios en las casas publicadoras. Voluntariamente han soportado penurias y privaciones, mientras han velado y orado por el buen éxito de la obra. Sus donativos y sacrificios expresan la ferviente gratitud de sus corazones por Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Sus oraciones y ofrendas ascienden como testimonio delante de Dios. Ningún incienso más fragante se eleva a los Cielos.

Pero en toda su extensión la Obra de Dios es una sola, y los mismos principios deberían practicarse en todos sus aspectos. Debe portar la estampa del trabajo misionero. Cada departamento de la Causa está relacionado con todos los sectores del campo evangélico, y el mismo espíritu que controla a un solo departamento se dejará sentir en todo el Campo. Si una parte de los obreros recibe sueldos elevados, otros, en diferentes ramas de la Obra, también exigirán sueldos elevados, y el espíritu de abnegación se debilitará. Otras instituciones se contagiarán con el mismo espíritu y el favor del Señor les será retirado, porque él no puede sancionar jamás el egoísmo. De ese modo cesaría nuestro trabajo agresivo. Es imposible hacerlo avanzar sin un sacrificio constante. De todas partes del mundo llegan pedidos en procura de hombres y medios para llevar la obra adelante. ¿Nos veremos obligados a decir: “Deben esperar; no tenemos fondos en la tesorería”?

Algunos de los hombres experimentados y piadosos, que se destacaron al servicio de esta obra, ahora duermen en sus tumbas. Como representantes del Señor, eran canales señalados por Dios a través de los cuales se comunicarían a la iglesia los principios de la vida espiritual. Habían logrado una experiencia del más alto valor. No se los podía comprar ni vender. Su pureza y devoción y abnegación, su conexión viviente con Dios, fueron bendecidas para la edificación de la obra. Nuestras instituciones se caracterizaban por el espíritu de abnegación.

En los días en los que luchábamos con la pobreza, los que vieron cuán maravillosamente obraba Dios en favor de su causa sentían que no se les podría conceder un honor más grande que el de hallarse unidos con los intereses de la obra por medio de los lazos sagrados que los conectaban con Dios. ¿Depondrían ellos la carga para discutir términos financieros con el Señor? No, no. Aunque cada mercenario abandonara su puesto, ellos no desertarían jamás.

En los primeros años de la Causa, los creyentes que se sacrificaban para levantar la Obra estaban imbuidos del mismo espíritu. Sentían que para lograr el éxito de la Obra, Dios requería una consagración sin reservas de todos los que estaban relacionados con su Causa: de cuerpo, alma y espíritu, y de todas sus energías y habilidades.

Pero la Obra se ha deteriorado en algunos aspectos. Mientras ha crecido en extensión y posesiones materiales, su piedad ha disminuido.

La historia de Salomón contiene una lección para nosotros. La vida temprana de este rey de Israel fue radiante y promisoria. Eligió la sabiduría de Dios, y la gloria de su reino despertó la admiración del mundo. Tanto su fuerza como su carácter pudieron desarrollarse acercándose cada vez más a la semejanza del carácter de Dios; pero, qué triste fue su historia; se lo elevó a las más sagradas posiciones de confianza, pero demostró ser infiel. En él crecieron la autosuficiencia, el orgullo y la exaltación del yo. La codicia

de poder político y de autoexaltación lo indujeron a formar alianzas con las naciones paganas. Tuvo que pagar un precio terrible por la plata de Tarsis y el oro de Ofir, pues los procuró a expensas de su propia integridad y la traición de cometidos sagrados. La asociación con los idólatras corrompió su fe; un paso falso condujo a otro; se rompieron las barreras que Dios había erigido para la seguridad de su pueblo; la poligamia corrompió su vida; y por fin sucumbió a la adoración de dioses falsos. Un carácter que había sido firme, puro y elevado, se hizo débil y manchado por la ineficiencia moral.

No faltaron los consejeros perversos que hicieron desviar a su antojo aquella mente, una vez noble e independiente, porque había desechado a Dios como su guía y consejero. Su agudo discernimiento se embotó; cambió el espíritu considerado y concienzudo de los años tempranos de su reinado. La gratificación propia llegó a ser su dios; y, como resultado, su reinado se caracterizó por un juicio severo y llegó a ser una cruel tiranía. Las extravagancias de su complacencia egoísta exigieron el pago de impuestos agobiadores de parte de los pobres. Después de ser el rey más sabio que jamás ostentara un cetro, Salomón se transformó en un déspota. Como rey había sido el ídolo de la nación, y se copiaban sus palabras y acciones. Su ejemplo ejerció una influencia cuyos resultados se conocerán totalmente solo cuando las obras de todos pasen en revista delante de Dios, y cada hombre sea juzgado por las acciones realizadas en el cuerpo.

¡Oh, cómo puede Dios soportar las malas acciones de aquellos que han tenido gran luz y grandes ventajas, y a pesar de ellas han seguido el curso de su propia elección, para su eterno perjuicio! Salomón, quien en la dedicación del Templo había encargado solemnemente al pueblo: “Sea, pues, perfecto vuestro corazón para con Jehová nuestro Dios” (1 Rey. 8:61), eligió su propio camino, y su corazón se apartó de Dios. Esa mente que una vez había estado

entregada a Dios y había sido inspirada por él para escribir las palabras más preciosas de la sabiduría (el libro de los Proverbios) –verdades que se inmortalizaron–, esa mente noble, se volvió incompetente, débil en fuerza moral, como resultado de sus alianzas perversas y de ceder a la tentación, y Salomón se deshonró a sí mismo, deshonró a Israel y deshonró a Dios.

Al observar este cuadro, vemos lo que llegan a ser los seres humanos cuando se aventuran a separarse de Dios. Un paso falso prepara el camino para otro, y cada nuevo paso resulta más fácil que el anterior. De este modo las almas se hallan siguiendo tras un dirigente que no es Cristo.

Todos los que ocupan alguna posición en nuestras instituciones serán probados. Si toman a Cristo como modelo, él les concederá sabiduría, conocimiento y discernimiento; crecerán en gracia y capacidad en la senda de Cristo; sus caracteres serán modelados a semejanza del suyo. Si fracasan en observar los métodos del Señor, otro espíritu controlará su mente y su criterio; harán planes sin tomar en cuenta al Señor, seguirán su propio curso de acción y abandonarán las posiciones que han ocupado. La luz les ha sido dada; si se apartan de ella, que nadie les ofrezca un soborno para inducirlos a permanecer; se transformarán en un estorbo y una trampa. Llegará el tiempo cuando todo lo que puede ser zarandeado será zarandeado, de modo que permanezcan solo las cosas que son inamovibles. Cada caso está llegando delante de Dios para ser revisado; él está ocupado en medir el Templo y los adoradores que en él se encuentran (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, pp. 206–209).

LOS PASTORES Y LOS NEGOCIOS

Se me ha instruido acerca de cuán importante es que nuestros ministros permanezcan libres de llevar las responsabilidades que deberían ser atendidas mayormente por hombres de negocios. En una visión nocturna me encontraba en una reunión a la cual asistía una cantidad de hermanos que llevan sobre sí la carga de la Obra. Se hallaban profundamente preocupados acerca de asuntos financieros y se preguntaban cuál sería la forma más apropiada de manejar la obra con buen éxito. Algunos pensaban que se podía limitar el número de obremos y obtener, sin embargo, los resultados esenciales. Uno de los hermanos que ocupaba una posición de responsabilidad explicaba sus planes, e indicaba lo que quería ver realizado. Varios otros presentaron algunos asuntos que debían considerarse. Entonces Uno de porte digno y que tiene autoridad, se levantó y procedió a presentar diversos principios que deben servirnos de guía.

El Orador dijo a varios ministros: “Su trabajo no consiste en la atención de los asuntos financieros. No es sabio que ustedes se ocupen de esto. Dios tiene responsabilidades que ustedes deben llevar, pero si también se echan encima tareas para las cuales no están preparados, sus esfuerzos por predicar

la Palabra fracasarán. Esto les acarreará tal desánimo que los descalificará para realizar la obra en que deben ocuparse, una obra que requiere un discernimiento cuidadoso y un juicio sano y desprendido”.

Los que se ocupan en escribir y predicar la Palabra deberían asistir a menos reuniones de junta. Deberían encomendarles diversos asuntos menores a personas con habilidad en los negocios, y evitar así las constantes tensiones que roban a la mente su vigor natural. Deberían presentar una atención más esmerada a la preservación de la salud física, porque la energía mental depende grandemente del vigor del cuerpo. Los períodos apropiados de sueño y de descanso y una abundancia de ejercicio físico son esenciales a la salud del cuerpo y la mente. Se sufren pérdidas irreparables cuando se roba a la naturaleza de sus horas de descanso y recuperación al permitir a un hombre que haga el trabajo de cuatro, o de tres, o aun de dos personas.

Preparación en el área comercial – Los que piensan que la idoneidad de un hombre para ocupar cierta posición lo califica igualmente para desempeñarse en varias otras, se exponen a cometer errores en su planificación para el progreso de la obra. Se exponen a colocar sobre una sola persona los problemas y las cargas que deberían repartirse entre varios.

La experiencia es de gran valor. El Señor desea tener a hombres inteligentes conectados con su carga, hombres calificados para ocupar diversas posiciones de confianza en nuestras Asociaciones e instituciones. Se necesitan especialmente administradores consagrados, personas que mezclen los principios de la verdad con cada transacción comercial. Los que se encargan de los asuntos financieros no deben asumir otras responsabilidades, obligaciones que serían incapaces de atender. A veces los encargados de la Obra han errado al permitir el nombramiento de hombres desprovistos de tacto y habilidad para administrar importantes intereses financieros.

Algunos hombres con potencial administrativo deberían desarrollar y perfeccionar sus talentos realizando estudios y recibiendo un entrenamiento minucioso. Se los debería animar a colocarse en lugares donde, como estudiantes, puedan obtener rápidamente el conocimiento de los métodos y los principios administrativos correctos. Ninguno de los administradores conectados actualmente con la Causa necesita ser un novicio. Si alguien debe mejorar sus oportunidades para llegar a ser sabio y eficiente, en cualquier línea de trabajo, son las personas que usan sus talentos en la tarea de edificar el Reino de Dios en este mundo. En vista de que vivimos tan próximos a la clausura de la historia de este mundo, se debería notar una mayor minuciosidad en el trabajo, una espera más vigilante, velando, orando y trabajando. El agente humano debería esforzarse por alcanzar la perfección, para que llegue a ser un cristiano ideal, completo en Cristo Jesús.

Los principios correctos son esenciales – Los que trabajan en tareas administrativas deberían tomar toda precaución posible para no cometer errores causados por la aplicación de principios o métodos equivocados. Que sus registros sean como los de Daniel en las cortes de Babilonia. Cuando todas sus transacciones administrativas fueron sometidas al escrutinio más escrupuloso, no se encontraron faltas en ningún renglón. A pesar de estar incompleto, el registro de su vida administrativa contiene lecciones dignas de ser estudiadas. Pone de relieve el hecho de que un hombre de negocios no necesita ser una persona intrigante y política. Debe ser un hombre instruido por Dios a cada paso. Daniel, mientras era el primer ministro del reino de Babilonia, era también un profeta de Dios que recibía la luz de la inspiración celestial. Su vida es una ilustración de lo que debería ser cada administrador cristiano.

Dios no acepta el servicio más espléndido a menos que el yo esté colocado sobre el altar, como un sacrificio vivo que se consume sobre él. La raíz debe ser santa, de lo con-

trario, no se puede producir un fruto firme y saludable, que es lo único aceptable delante de Dios. El corazón se debe convertir y consagrar. La motivación debe ser correcta. La lámpara interior debe ser alimentada por el aceite que fluye de los mensajeros celestiales a través de los tubos dorados hacia el cántaro de oro. La comunicación del Señor nunca llega al hombre en vano.

La verdad, la verdad preciosa y vital, está unida al bienestar eterno del hombre, tanto en esta vida como en la eternidad que se abre delante de nosotros. “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Se debe practicar la Palabra de Dios. Esta vivirá y permanecerá para siempre. Mientras que las ambiciones mundanas, los proyectos mundanos y los planes y propósitos más exaltados del hombre perecerán como la hierba, “los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud como las estrellas a perpetua eternidad” (Dan. 12:3).

Actualmente la causa de Dios necesita de hombres y mujeres dotados de cualidades extraordinarias y de facultades administrativas superiores; hombres y mujeres que examinen las necesidades de la obra paciente y cabalmente en los diversos campos; personas que posean una gran capacidad de trabajo; dotadas de corazones bondadosos y acogedoras, de cabeza serena, cabales y de juicio imparcial; que se hallen santificadas por el Espíritu de Dios y puedan decir intrépidamente “No”, o “Sí” y “Amén”, a las propuestas que escuchen; que sean de condiciones firmes, discernimiento claro y corazones puros y llenos de simpatía; personas que pongan en práctica las palabras: “Todos ustedes son hermanos”; que luchen por elevar y restaurar a la humanidad caída (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, pp. 234–237).

SIERVOS DE MAMMÓN

El caso del Hno. I es terrible. Este mundo es su dios; adora el dinero. No prestó atención a la amonestación que se le dio hace años para vencer su amor al mundo mientras todavía estaba en pleno uso de sus facultades. El dinero que ha acumulado desde entonces es semejante a otras tantas cuerdas que han enredado su alma y la han atado a este mundo. A medida que sus propiedades han ido en aumento, se ha vuelto más ansioso de obtener ganancias. Todas las facultades de su ser están dedicadas a este único objetivo: ganar dinero. Este ha sido el motivo de sus pensamientos, la preocupación de su vida. Ha orientado todas las facultades de su ser en esta única dirección, hasta que para todos los efectos prácticos se ha convertido en un adorador de Mammón.¹ En este aspecto está fuera de sí. El ejemplo que le ha dado a la familia está induciendo a sus miembros a creer que las propiedades tienen más valor que el Cielo y la inmortalidad. Por años ha estado educando su mente para adquirir propiedades. Está sacrificando sus intereses eternos por los tesoros de la tierra. Ama

¹ *Nota del editor:* Mammón es una palabra de origen arameo, que significa “riquezas”. Jesús utilizó este término como personificación del “dios del dinero” (ver Mat. 6:24; Luc. 16:13).

la verdad, ama los principios de la verdad, y le gusta que otros prosperen en la verdad; pero se ha convertido en un esclavo tan sometido a Mammón, que se siente obligado a servir a ese amo mientras viva. Pero mientras más viva, más dedicado estará a su amor al dinero, a menos que se aparte radicalmente de su terrible dios: el dinero. Será como si le sacaran los órganos vitales, pero tendrá que hacerlo si valora el Cielo.

No necesita la censura de nadie, sino la lástima de todos. Su vida ha sido un terrible error. Ha sufrido enfermedades pecuniarias imaginarias, mientras vivía rodeado de abundancia. Satanás ha tomado posesión de su mente, y al excitar su tendencia a la avaricia, lo ha enloquecido en este aspecto. Las facultades más elevadas y nobles de su ser han sido sometidas en gran medida a inclinaciones mezquinas y egoístas. Su única esperanza es quebrantar las ataduras de Satanás y vencer ese mal rasgo de carácter. Ha tratado de hacerlo en cierto sentido después de que su conciencia ha sido inducida a examinar este asunto; pero sus esfuerzos no han sido suficientes. Reducirse a hacer un poderoso esfuerzo para apartarse un poquito de Mammón, y creer todo el tiempo que se está separando de su alma, no es el fruto de la religión verdadera. Tiene que educar su mente para hacer buenas obras. Tiene que luchar contra esa tendencia a adquirir medios económicos. Tiene que entretener las buenas obras en toda su vida. Tiene que cultivar el amor a hacer el bien, y elevarse por encima de esa actitud mezquina que ha asumido.

Al hacer negocios con los comerciantes de _____, el Hno. I y su señora no siguen una conducta agradable a Dios. Regatean hasta conseguir las cosas al precio más bajo posible, y discuten por una diferencia de pocos centavos, y hablan de ello como si el dinero fuera su todo: su dios. Si se los pudiera llevar de regreso a ese negocio, para escuchar sin ser observados los comentarios que se hacen después que ellos se van, tendrían una idea más clara de la influencia

de la tacañería. Nuestra fe resulta desacreditada, y Dios es blasfemado por algunos, como consecuencia de esta conducta mezquina. Los ángeles se apartan disgustados. El Cielo es noble y elevado. Todos allí procuran el interés y la felicidad de los demás. Nadie se dedica a preocuparse solo de sí mismo. El mayor gozo de todos los seres santos consiste en contemplar el gozo y la felicidad de los que los rodean.

Cuando los ángeles descienden para servir a los que serán herederos de la salvación, y observan esta exhibición de egoísmo, de codicia, de deshonestidad, de sacar ventajas personales en perjuicio de otros, se retiran apenados. Cuando ven que los que pretenden ser herederos de la herencia inmortal son tan mezquinos al tratar con los que no tienen ninguna aspiración más elevada que la de depositar sus tesoros en la Tierra, se van avergonzados; porque de ese modo la santa verdad recibe reproche.

De ninguna otra manera podría ser más glorificado el Señor y la verdad más honrada, que si los incrédulos pudieran ver que la verdad ha llevado a cabo una obra grande y buena sobre las vidas de seres humanos que por naturaleza son codiciosos y mezquinos. Si se pudiera ver que la fe de los tales ha ejercido una influencia para amoldar sus caracteres, para transformarlos de hombres mezquinos, egoístas, deshonestos y amantes del dinero, en hombres que aman hacer el bien, que buscan oportunidades para usar sus medios con el fin de bendecir a los que lo necesitan, que visitan a las viudas y los huérfanos en sus aflicciones, y que se mantienen sin mancha de este mundo, tendrían una evidencia de que su religión es genuina. Los tales alumbrarían a los demás con su luz de tal manera que estos, al ver sus buenas obras, se sentirían inducidos a glorificar a su Padre que está en los Cielos. Este fruto será para santidad, y ellos serán representantes vivientes de Cristo en la Tierra. Los pecadores se convencerán de que hay en la verdad un poder que ellos no conocen. Los que profesan estar esperando y

velando a fin de prepararse para la aparición de su Señor, no deberían desacreditar su profesión de fe mediante regateos, y tratando de conservar hasta el último centavo. Ese fruto no crece en el árbol cristiano.

Hno. I: El Señor no quiere que usted perezca; por lo contrario, quiere que se aferre de su fortaleza, y que haga las paces con él poniendo su voluntad en conformidad con su divina voluntad. Si una fiel descripción de su conducta caracterizada por el amor al dinero se le presentara a usted alguna vez, se aterrorizaría. Se sentiría disgustado con su tacañería, su mezquindad y su amor al dinero. Debería hacer el esfuerzo supremo de su vida para obtener la gracia transformadora de Dios que puede hacer de usted un hombre nuevo. Los medios económicos que le llegaron por intermedio de sus parientes fueron una maldición para usted. Solo aumentaron su amor al dinero y constituyeron un peso adicional para hundirlo en la perdición.

Existe el peligro, Hno. I, que su vida se pierda, y que los dones que Dios le ha concedido vayan a parar a manos del diablo, y que este lo lleve cautivo bajo su voluntad. ¿Puede soportar este pensamiento? ¿Puede usted decidir servir al yo durante esta corta vida, y amar su dinero, para después separarse de todo, sin tener derecho al Cielo y a la vida eterna? Tiene una tremenda lucha delante de usted para apartar sus afectos del tesoro de esta Tierra. Donde esté su tesoro, allí estará también su corazón. Velar, orar y trabajar son el santo y seña del cristiano. Despertaos, os imploro. Buscad las cosas que permanecen. Las cosas de esta Tierra pronto pasarán. ¿Está listo para cambiar de mundo? ¿Está formando un carácter para la vida eterna? Si al fin se pierde, sabrá cuál habrá sido la causa de su ruina: el amor al dinero. Clamará con angustia: “¡Oh, el engaño de las riquezas! He perdido mi alma. La vendí por dinero. Jugué mi cuerpo y mi alma para obtener ganancias. Sacrifiqué el Cielo por temor a tener que sacrificar mi dinero para obtenerlo”. Y del Maestro escuchará estas palabras:

“Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera” (Mat. 25:30). Esperamos que este no sea su destino. Esperamos que traslade su tesoro al Cielo, como asimismo sus afectos, y que los afiance en Dios y en el tesoro inmortal. [...]

Hno. J: Se me presentó su caso. Usted ocupa un cargo de responsabilidad. Se le han confiado talentos de dinero e influencia. A cada hombre se le da su obra: algo que hacer, no solamente para ocupar la mente, los huesos y los músculos en una tarea común; es más que eso. Conoce esta tarea desde un punto de vista mundano, y tiene cierta experiencia en ella por sus actividades religiosas. Pero desde hace varios años usted ha estado perdiendo el tiempo, y ahora va a tener que trabajar rápidamente para redimir el pasado. No basta tener talentos; debe usarlos de tal manera que no solo reciba beneficio usted, sino Aquel que se los concedió. Todo lo que tiene es un préstamo de su Señor. Se lo va a pedir con intereses.

Cristo tiene derecho a disponer de sus servicios. Ha llegado a ser su siervo por su gracia. No tiene que servir sus propios intereses, sino los de Aquel que lo empleó. Como profeso cristiano, usted tiene obligaciones para con Dios. No se le han confiado sus bienes personales para que los invierta. Si tal fuera el caso, usted podría haber consultado su propio placer con respecto a su uso. El capital es del Señor, y usted es responsable por su uso o su abuso. Hay maneras de invertir ese capital: entregarlo a los “cambiadores”, de manera que gane algo para el Señor. Si permite que quede sepultado en tierra, ni el Señor ni usted recibirán beneficio alguno, y usted perderá todo lo que se le confió. Quiera Dios ayudarlo, hermano mío, a comprender su situación frente a Dios como su siervo asalariado. Mediante su propio sufrimiento y su muerte pagó el salario que le habría de asegurar su servicio voluntario y su pronta obediencia. [...]

Hno. J: usted puede hacer el bien. Tiene buen juicio y Dios lo está conduciendo de las tinieblas a su luz. Use sus talentos para gloria de Dios. Llévelos a los banqueros, para

que cuando el Maestro regrese reciba lo suyo con usura. Aparte sus sarmientos de las cosas triviales de la tierra, y levántelos para que se entrelacen en Dios. La salvación de las almas es mucho más importante que todo el mundo. Un alma salvada para vivir durante todas las edades de la eternidad, para alabar a Dios y al Cordero, es de más valor que millones en cualquier moneda. Las riquezas se hunden en la insignificancia cuando se las compara con el valor de las almas por las cuales Cristo murió. Usted es un hombre cauteloso, y no va a tomar ninguna medida precipitada. Haga sacrificios en favor de la verdad, y vuélvase rico en Dios. Quiera Dios ayudarlo a avanzar tan rápidamente como le resulte posible, y a dar a las cosas eternas el valor que realmente tienen.

Sus hijos necesitan que la gracia haga una obra más profunda en sus corazones. Necesitan fomentar la sobriedad y la solidez de carácter. Si estuvieran consagrados a Dios, podrían hacer el bien, y ejercer una influencia salvadora sobre sus compañeros (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, pp. 214–222).

LA RIQUEZA DEL CIELO

Los que están reteniendo egoístamente sus recursos, no necesitan sorprenderse si la mano de Dios los dispersa. Lo que debieran haber dedicado al progreso de la obra y la causa de Dios, pero que retuvieron, puede ser confiado a un hijo pródigo que lo despilfarrará. Un hermoso caballo, orgullo de un corazón vano, puede ser encontrado muerto en el establo. Ocasionalmente puede morir una vaca. Pueden producirse pérdidas de frutas y otras cosechas. Dios puede dispersar los recursos que prestó a sus administradores, si estos se niegan a usarlos para su gloria. Vi que algunos no tendrán quizá ninguna de estas pérdidas para recordarles cuán remisos han sido en cuanto a su deber, pero sus casos son, tal vez, más desesperados.

Jesús advirtió al pueblo: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes

tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (Luc. 12:15–21). Luego se dirigió a sus discípulos: “Por lo tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mat. 6:25).

Estas advertencias se dan para beneficio de todos. ¿Aprovecharán las advertencias dadas? ¿Se beneficiarán con ellas? ¿Prestarán atención a estas llamativas ilustraciones de nuestro Salvador, y rechazarán el ejemplo del rico necio? Él tenía riquezas, también las tienen muchos que profesan creer en la verdad y están actuando del mismo modo que el pobre e insensato hombre rico. Oh, si fueran sabios y sintieran las obligaciones que tienen de usar las bendiciones que Dios les ha dado para bendecir a otros, en vez de transformarlas en una maldición. Dios les dirá a todos los que hagan así como dijo al rico insensato: “Necio”.

Los hombres actúan como si no estuvieran en su sano juicio. Están inmersos en los cuidados de esta vida. No tienen tiempo para dedicar a Dios, ni para servirlo. Trabajad, trabajad, trabajad, es la orden del día. A todos los que están alrededor de ellos se les exige trabajar presionados por el tiempo, urgidos para cuidar de extensas granjas. Derribar y construir propiedades mayores es su ambición, para poder tener dónde guardar sus mercancías. Sin embargo, esos hombres que están agobiados bajo el peso de sus riquezas pasan por seguidores de Cristo. Tienen el rótulo de creer que Cristo ha de venir pronto, que el fin de todas las cosas está cerca; no obstante, no tienen un espíritu de sacrificio. Se están sumergiendo más y más profundamente en el mundo. Dedicán muy poco tiempo a estudiar la Palabra de vida, a meditar y orar. Tampoco les dan a otros de su familia, o a los que los sirven, este privilegio. Sin embargo, estos

hombres profesan creer que este mundo no es su hogar, que son solo peregrinos y extranjeros en la Tierra, preparándose para trasladarse a una patria mejor. El ejemplo y la influencia de tales personas es una maldición para la causa de Dios. Una vana hipocresía caracteriza su vida de profesos cristianos. Aman a Dios y a la verdad tanto como lo muestran sus obras, y nada más. Una persona obrará de acuerdo con la fe que tenga. “Por sus frutos los conoceréis” (Mat. 7:16). El corazón está donde está el tesoro. Su tesoro está en esta Tierra, y sus corazones e intereses también están aquí.

“¿De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? [...] La fe sin obras es muerta” (Sant. 2:14, 17). Cuando los que profesan la fe demuestren que su vida está de acuerdo con su fe, entonces veremos que un poder asistirá la presentación de la verdad, un poder que convencerá al pecador y llevará almas a Cristo.

Una fe consecuente es rara entre los ricos. Rara vez se encuentra una fe genuina, sustentada por obras. Pero todos los que posean esta fe serán hombres de influencia. Imitarán a Cristo, poseerán esa desinteresada benevolencia, ese interés en la obra de salvar almas que él tenía. Los seguidores de Cristo debieran valorar las almas como él las valoró. Debieran centrar sus intereses en la obra de su amado Redentor, y debieran trabajar por salvar lo que él ha comprado con su sangre, con tan alto sacrificio. ¿Qué es el dinero, las casas y las tierras en comparación con una sola alma?

Cristo hizo un pleno y completo sacrificio, un sacrificio suficiente para salvar a cada hijo e hija de Adán que muestre arrepentimiento ante Dios por haber transgredido su Ley y manifieste fe en nuestro Señor Jesucristo. Pero, a pesar de que el sacrificio fue amplio, muy pocos llevan una vida de obediencia para alcanzar esta gran salvación. Pocos están dispuestos a imitar sus admirables privaciones, soportar

sus sufrimientos y persecuciones, y compartir su agotador trabajo para traer a otros a la luz. Muy pocos siguen su ejemplo en ferviente y frecuente oración a Dios pidiendo fuerzas para soportar las pruebas de esta vida y cumplir sus deberes diarios. Cristo es el Capitán de nuestra salvación, y por sus propios sufrimientos y sacrificio ha dado ejemplo a todos sus seguidores de que la vigilancia y la oración y el esfuerzo perseverante son necesarios de parte de ellos, para representar correctamente el amor que anidaba en su pecho por la raza humana caída.

Hombres pudientes están muriendo espiritualmente por causa de su negligencia en el uso de los recursos que Dios ha colocado en sus manos para ayudar a salvar a sus semejantes. Algunos despertarán a veces y resolverán hacerse de amigos por medio del injusto Mammón, para que finalmente puedan ser recibidos en las moradas eternas. Pero sus esfuerzos no son completos. Comienzan, pero al no emprender la obra de corazón y con completo fervor, fracasan. No son ricos en buenas obras. Mientras se detienen a considerar su amor y su ansia de tesoros terrenales, Satanás les gana la batalla.

Se puede presentar una promisorio oportunidad de invertir en derechos de patente o en alguna otra empresa supuestamente brillante, alrededor de la cual Satanás obra fascinante encanto. La perspectiva de ganar más dinero, rápida y fácilmente, los seduce. Razonan que, aunque habían resuelto colocar ese dinero en la tesorería de Dios, lo usarán en esta ocasión, y lo incrementarán en gran manera, y luego darán una suma mayor a la causa. No ven posibilidad de fracasar. Se van los recursos de sus manos, y pronto descubren, para su pesar, que han cometido un error. Las brillantes perspectivas se han desvanecido. Sus expectativas no se han concretado. Fueron engañados. Satanás los venció. Fue más astuto que ellos, y logró apoderarse de sus bienes, y así privar a la causa de Dios de lo que debiera haberse usado para mantenerla, propagar la verdad y sal-

var a las almas por las que Cristo murió. Perdieron todo lo que habían invertido, y robaron a Dios lo que debían haberle entregado.

Algunos a quienes se les confió un solo talento se excusan porque no tienen un número tan grande de talentos como los que han recibido muchos. Como el mayordomo infiel, ocultan ese único talento en la tierra. Temen dar a Dios lo que él les ha confiado. Se ocupan de negocios terrenales, pero invirtieron poco o nada en la causa de Dios. Esperan que los que tienen muchos talentos carguen con la responsabilidad de la obra, y piensan que ellos no son responsables de su progreso y éxito.

Cuando el Maestro venga a arreglar cuentas con sus siervos, los siervos insensatos admitirán, confundidos: “Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo (¿Miedo de qué? De que el Señor pidiera una porción del pequeño talento que les había confiado), y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo”. Su Señor contestará: “Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mat. 25:24–30).

Muchos que tienen muy poco en este mundo están representados por el hombre con un talento. Temen confiar en Dios. Temen que les requerirá algo que consideran suyo. Esconden su talento en la tierra, porque temen invertirlo, pues quizá se los llame a devolver los intereses a Dios. En lugar de entregar el talento a los cambistas, como Dios requiere, lo entierran, o lo esconden donde ni Dios ni el hombre pueden beneficiarse de él. Muchos que profesan amar la verdad están haciendo justamente eso: están en-

gañando su propia alma, pues Satanás ha enceguecido sus ojos. Al robar a Dios se han robado más a sí mismos. Por causa de la codicia y de un corazón malvado y descreído, se han privado del tesoro celestial. Porque tienen solo un talento, temen confiarlo a Dios, y así lo esconden en la tierra. Se sienten libres de responsabilidad. Les gusta ver progresar la causa, pero no consideran que se les requiere practicar la abnegación y ayudar a la obra con su propio esfuerzo individual y con sus recursos, aunque no tengan grandes bienes.

Todos debieran hacer algo. El caso de la viuda que entregó sus dos blancas está registrado para el beneficio de los demás. Cristo la alabó por el sacrificio que hizo y llamó la atención de sus discípulos al hecho: “De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero esta de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Mar. 12:43–44). Cristo consideró su dádiva de más valor que las grandes ofrendas de los más ricos. Ellos daban de su abundancia. No pasarían la menor privación por causa de sus ofrendas. Pero la viuda se había privado aun de lo imprescindible para la vida con el fin de dar su pequeña ofrenda. No sabía cómo serían provistas sus necesidades futuras; no tenía esposo que la mantuviera. Confiaba en Dios para el mañana. El valor de la dádiva no se estima tanto por la cantidad que se dé, sino según la proporción y el motivo que inspira la dádiva. Cuando Cristo venga, trayendo su recompensa, dará a cada uno según sus obras (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, pp. 583–588).

INVERSIONES SEGURAS

Estimado Hno. N:

Me he sentido muy preocupada por su caso desde que lo conocimos en el congreso de Tipton. Apenas pude contenerme de dirigirme a usted personalmente cuando estaba hablando a la congregación sobre las palabras de Cristo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el Cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mat. 6:19–21).

Recordé que su rostro me había sido mostrado en visión hace algún tiempo. Usted pensaba que tenía el deber de predicar la Palabra a otros; pero su ejemplo, su vida actual, estorbaría más la aceptación de la verdad de lo que podría hacer su predicación para convertir a la gente. Usted profesa creer un mensaje muy solemne y probatorio; sin embargo, su fe no ha sido sustentada por sus obras. Tiene la teoría de la verdad, pero no ha sido convertido por ella. La verdad no se ha posesionado de su corazón ni ha sido practicada en su vida diaria.

Usted necesita convertirse, transformarse por la renovación de su mente. Cuando la verdad se poseione de su corazón,

obrará una reforma en su vida. El mundo incrédulo entonces se convencerá de que hay un poder en la verdad que ha efectuado un cambio tan grande en un hombre amante del mundo como era usted. Usted ama este mundo. Sus tesoros están aquí, y su corazón está en sus tesoros. Y a menos que el poder de la verdad separe sus afectos de su dios, el cual es este mundo, perecerá con sus tesoros.

Usted tiene muy poco sentido del carácter exaltado de la obra para estos últimos días. No ha hecho sacrificios por la verdad. Tiene un espíritu mezquino y tacaño, y ha cerrado los ojos a las necesidades de los angustiados y menesterosos. No ha sentido compasión por aliviar las necesidades de los oprimidos, tampoco ha estado dispuesto a ayudar a la causa de Dios con sus bienes o a proveer para las necesidades de los que sufren. Su corazón está en sus tesoros terrenales. A menos que se sobreponga a su amor por las cosas del mundo, no tendrá lugar en el Reino de los Cielos.

El joven rico preguntó a Jesús qué debía hacer para heredar la vida eterna. Jesús le señaló los Diez Mandamientos de su Padre, diciéndole que la obediencia a ellos era necesaria para su salvación. Cristo le dijo que él conocía los Mandamientos, y que si los obedecía, tendría vida. Nótese su respuesta: “Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud”. A este joven engañado Jesús lo mira con piedad y amor. Está a punto de revelarle que falla en no guardar de corazón los Mandamientos que confiadamente aseveró que estaba obedeciendo. Jesús le dice: “Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz” (Mar. 10:21).

Jesús llama la atención de este joven directamente al defecto de su carácter. El cita su propia vida de abnegación, en la que aceptó llevar su Cruz. Había dejado todo por la salvación del hombre, instó al joven a imitar su ejemplo, y le aseguró que debiera tener un tesoro en el Cielo. ¿Saltó de gozo el corazón del joven ante la seguridad de que de cierto tendría un tesoro en el Cielo? ¡Oh, no! Sus tesoros

terrenales eran su ídolo, eclipsaban el valor de la herencia eterna. Se vuelve de la Cruz, de la vida de sacrificio del Redentor, hacia este mundo. Siente un persistente deseo por la herencia celestial; no obstante, se muestra reacio a aceptar la perspectiva. Fue una lucha decidir qué elegir, pero finalmente decidió continuar con su amor por sus tesoros terrenales.

Este joven tenía grandes posesiones, y su corazón estaba fijo en ellas. No podía consentir en transferir sus tesoros al Cielo apartando sus afectos de ellos y haciendo bien con ellos bendiciendo a la viuda y al huérfano, y ser así rico en buenas obras. El amor de este joven por sus tesoros terrenales era más fuerte que su amor por sus semejantes y por la herencia inmortal. Hizo su elección. El incentivo presentado por Cristo, de asegurarse un tesoro en el Cielo, fue rechazado, por cuanto no podía consentir en cumplir con las condiciones. El poder de su amor por sus riquezas terrenales triunfó, y el Cielo, con toda su atractiva gloria, fue sacrificado por los tesoros del mundo. El joven estaba muy triste, por cuanto quería los dos mundos; y sacrificó el celestial por el terrenal.

Muy pocos se dan cuenta del poder de su amor por las riquezas hasta que se ven obligados a pasar por la prueba. Muchos que profesan ser seguidores de Cristo, muestran entonces que no están preparados para el Cielo. Sus obras testifican que aman las riquezas más que a sus semejantes o a su Dios. Igual que el joven rico, preguntan por el camino a la vida, y cuando se les señala el camino, y consideran el costo, y se convencen de que deben sacrificar sus riquezas terrenales y llegar a ser ricos en buenas obras, deciden que el Cielo cuesta demasiado. Cuanto más grandes son los tesoros acumulados en la Tierra, más difícil es para el que los posee darse cuenta de que no son suyos, sino que le son prestados para usarlos para la gloria de Dios.

Jesús aquí aprovecha la oportunidad para dar a sus discípulos una impresionante lección: “Entonces Jesús, mi-

rando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!” “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios” (Mar. 10:23, 25).

Aquí se ve el poder de las riquezas. La fuerza del amor a las riquezas en la mente humana es casi paralizadora. Muchos se embohan por las riquezas, y actúan como si no estuvieran en su sano juicio. Cuanto más tienen de las riquezas de este mundo, más desean. Sus temores de verse en necesidad aumentan con sus riquezas. Están siempre dispuestos a acumular bienes para el futuro. Son mezquinos y egoístas, y temen que Dios no haga provisión para sus necesidades futuras. Tales personas son ciertamente pobres con Dios. A medida que se han acumulado sus riquezas, han puesto su confianza en ellas y no han tenido fe en Dios ni en sus promesas.

El hombre pobre que tiene fe y confianza en Dios, que confía en el amor y el cuidado del Señor, que abunda en buenas obras, y que con buen criterio usa lo poco que tiene para bendecir a los demás con sus recursos, es rico en Dios. Considera que su prójimo tiene derechos que él no puede descuidar sin dejar de obedecer el Mandamiento de Dios: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mat. 22:39). Los pobres que son ricos en Dios consideran la salvación de sus semejantes de mayor importancia que todo el oro y la plata que el mundo contiene.

Cristo señala el modo por el cual los que tienen riquezas terrenales y no son ricos en Dios pueden conseguir las verdaderas riquezas. Dice: “Vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo”. El remedio que Jesús propone a los ricos es transferir sus afectos de las riquezas terrenales a la herencia eterna. Al invertir sus recursos en la causa de Dios para ayudar en la salvación de las almas, y al bendecir a los necesitados con sus bienes, llegan a ser ricos en buenas obras, y están “atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida

eterna” (1 Tim. 6:19). Esta será una inversión segura. Pero muchos muestran por sus obras que no se atreven a confiar en el banco del Cielo. Prefieren invertir sus recursos en la tierra, más bien que enviarlos para que los precedan al Cielo, para que sus corazones puedan estar en sus tesoros celestiales.

Hermano mío, usted tiene una obra ante sí: esforzarse por vencer la codicia y el amor a las riquezas mundanales, y especialmente la confianza en sí mismo debido al éxito aparente que ha tenido en conseguir las cosas de este mundo. Los pobres hombres ricos, que profesan servir a Dios, son dignos de piedad. Mientras profesan conocer a Dios, por sus obras lo niegan. ¡Cuán grande es la oscuridad de tales personas! Profesan creer en la verdad, pero sus obras no están de acuerdo con su profesión. El amor a las riquezas los hace egoístas, exigentes y altaneros. La riqueza es poder, con frecuencia el amor a ellas deprava y paraliza todo lo noble y toda semejanza a Dios que hay en el hombre.

Las riquezas acarrear grandes responsabilidades. Obtener riquezas por medios injustos, estafando en las transacciones comerciales, oprimiendo a la viuda y al huérfano o acaparando riquezas y distendiendo las necesidades de los indigentes, eventualmente traerá la justa retribución descrita por el inspirado apóstol: “¡Velad ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos” (Sant. 5:1–4).

Los más humildes y los más pobres de los fieles discípulos de Cristo, ricos en buenas obras, son más benditos y más preciosos a la vista de Dios que los hombres que se

jactan de sus grandes riquezas. Son más honorables en las cortes celestiales que los reyes y nobles más exaltados que no son ricos en Dios.

El apóstol Pablo exhortó a Timoteo para que instara a los ricos: “A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna” (1 Tim. 6:17-19). La amonestación es aplicable a usted, hermano N, y a muchos que profesan creer en la verdad para estos últimos días.

Los que acumulan riquezas o invierten mucho en tierras, mientras que privan a sus familias de las comodidades de la vida, actúan como hombres insensatos. No permiten que sus familias gocen de las cosas que Dios les ha dado abundantemente. Sin embargo, tienen grandes posesiones, sus familias se ven frecuentemente obligadas a trabajar mucho más de lo que les permiten sus fuerzas para ahorrar aún más recursos y acumularlos. El cerebro, los huesos y los músculos están sobrecargados al extremo para acumular, y la religión y los deberes cristianos se descuidan. Trabajo, trabajo, trabajo, es todo lo que ansían desde la mañana hasta la noche.

Muchos no manifiestan un ferviente deseo de comprender la voluntad de Dios y entender sus demandas. Algunos de los que tratan de enseñar la verdad a otros, ellos mismos no obedecen la Palabra de Dios. Cuanto más maestros de este tipo tenga la causa de Dios, tanto menos próspera será.

Muchos a quienes Dios ha confiado riquezas no consideran que están obrando en contra de sus propios intereses eternos al retener egoístamente sus recursos. El apóstol les muestra que al llegar a ser ricos en buenas obras están obrando en su favor. Están haciendo provisión para ellos mismos, acumulando en el Cielo un perdurable tesoro,

para poder apropiarse de la vida eterna. Al distribuir sus recursos según las necesidades de la causa, y ayudar a los necesitados, están fielmente haciendo la obra que Dios les ha asignado; y el registro de sus abnegados, generosos y amantes actos se escribirá en el libro del Cielo. Todo acto de justicia será inmortalizado, aunque el que lo hizo pueda pensar que no ha hecho nada digno de notarse. Si el comportamiento diario de los que profesan la verdad fuera un ejemplo vivo de la vida de Cristo, emitirían una luz que guiaría a otros al Redentor. Solo en el Cielo serán completamente apreciados los benditos resultados, en la salvación de otros, de una vida consecuente, armoniosa y santa (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, pp. 597–602).